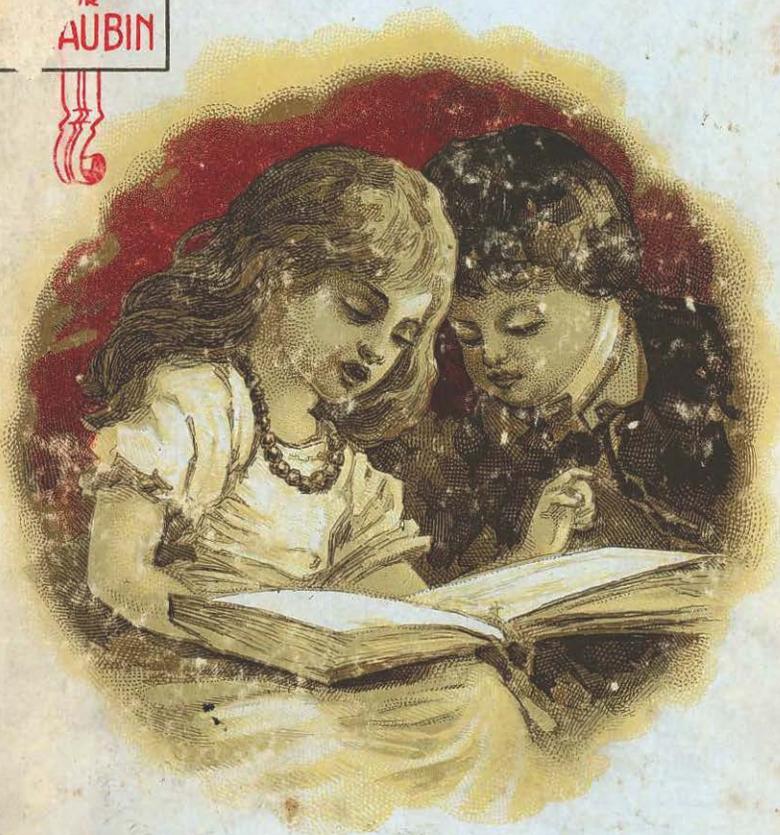


LOS CUENTOS DE LA ABUELITA

LIBRO
FUNDO
JRA
R
AUBIN



ANGEL ESTRADA y CA
EDITORES
BUENOS AIRES

Precio: \$ 0,75 m/n.

Biblioteca Nacional de Maestros

LL
1925
AUB

L
g. - 1
56



00056368



J. M. AUBÍN
PROFESOR NORMAL



LOS CUENTOS

DE LA

ABUELITA

LIBRO SEGUNDO DE LECTURA

VIGÉSIMA SEXTA EDICIÓN

21.232



ÁNGEL ESTRADA Y CIA - EDITORES

466 - CALLE BOLÍVAR - 466

BUENOS AIRES



Biblioteca Nacional de Maestros

300000
1000000
1000000

1000000

LOS CUENTOS DE LA ABUELITA



MI ABUELITA

MI abuela es una ancianita dulce, alegre y muy simpática.

Sus cabellos, blancos, muy blancos, parecen un manojito de lirios; y su carita, linda y graciosa, inspira á cuantos la tratan amor, respeto y confianza.

Mi abuelita sonríe siempre; no conoce el mal humor, y sus labios bondadosos, que parecen hechos para reír, sólo saben pronunciar palabras gratas y cariñosas.

Tiene los ojos vivos y parlanchines, pero francos y serenos; ojos tranquilos y afec-

tuosos que nunca miraron con dureza á nadie, y que cuando se fijan en los míos, parece que se vuelven más tiernos y luminosos.

Mi abuelita tiene unas manos lindísimas; los pobres á quienes socorre, dicen de éllas que son manos de santa, y yo, creo que tienen razón. Porque, cuando se posan sobre mi cabeza ó juegan con mis cabellos, entonces siento dentro de mí una cosa que no sé explicar, pero que me llena de alegría.

Y cuando así me acaricia, yo me quedo quieta, muy quietecita; cierro los ojos y me pongo á pensar, porque, todas las cosas que se me ocurren entonces, son lindas, ¡muy lindas!



¡CUÁNTO ME QUIERE ABUELITA!



MI abuelita no me deja nunca sola; está siempre á mi lado, atenta y cariñosa, velando á todas horas por mí.

Quando vuelvo de la escuela, me pregunta: qué hice en ella, cómo me porté, y qué cosas aprendí; y cuando preparo mis deberes, se sienta á mi lado, toma una

labor, porque abuelita nunca está ociosa, y responde á todas mis preguntas, ayudándome á salir del apuro, cuando no sé, ó no recuerdo algo, ó bien, cuando confundo una cosa con otra, como me pasa en muchas ocasiones.

Una vez terminada la tarea, cuando la digo: abuelita, ya está; ella se pone los anteojos y revisa mi labor, con prolijo cuidado, fijándose en todo.

—Esa letra es muy fea, ¿qué dice aquí?

—Aquí, dice *carta*.

—Nadie lo diría; parece que dice *cesta*. Procura escribir claro.

Y sigue muy atenta el examen del cuaderno, no tardando en encontrar algún nuevo error ó despropósito que corregir.

—¡Niña, niña! esa sí que es gorda; ¿quién te ha enseñado que hombre se es-



cribe sin *hache* y que jarro se escribe con *ge*?

Yo, que no estoy muy fuerte en ortografía, quiero disculparme, y sólo sé decir:

—Abuelita, es que...

—Vamos á ver, ¿qué quieres decir tú con ese, es que...

—Que...

—¡Que no atiendes!— dice ella riendo.

Eso ya lo sabía yo, pon atención, hijita, pon atención.

Por la noche, ella me desviste, me hace rezar, me acuesta, y, después de abrigarme, se sienta á mi lado, y para que me duerma, me suele contar un cuento, que es siempre variado y lindo, porque abuelita, ¡sabe tantos!

Cuando me viene sueño, tomo su mano entre las mías, la miro, le sonrío, le pido un beso, cierro los ojos... y... ¡hasta mañana!

LAS LÁGRIMAS DE LAS MADRES

ABUELITA, hay muchas estrellas, ¿no?

— ¡Ya lo creo! Los sabios se cansan de contarlas.

— ¿Y, quién las hizo?

— Vaya una pregunta; el que hizo todas las cosas; Dios.

— ¡Es verdad! ¡Que tonta soy á veces!

— Ya te estoy conociendo en los ojitos el deseo que tienes de saber cómo y por qué las hizo.

— ¡Cómo adivinas las cosas, abuelita! Todo lo sabes. ¿Quién te ha enseñado tanto?

— Las penas y los años ¡también te enseñarán á ti! Pero dejemos los años y los sinsabores á un lado, y vamos á enterarnos de cómo el Señor creó esas flores luminosas que bordan el firmamento, los luceros.

Un día llamó el Creador al arcángel Gabriel, y le dijo:

—No quiero que las tinieblas de la noche llenen de miedo y de tristeza el alma de los hombres; quiero embellecer el fir-



mamento de tal manera, que contemplarlo sea para los nacidos fuente de esperanza y de dulces emociones.

—Adornadlo, Señor, — contestó el arcángel — con guirnaldas de brillantes, de esmeraldas y rubíes.

—No, voy á sembrarlo de algo más puro y santo que el oro y la pedrería. Baja á la tierra y recoge las lágrimas

que por sus hijos lloran las pobres madres.

Abrió el celestial mensajero las nevadas alas y se perdió, ligero y rápido, entre las nubes.

Así que el ángel hubo llegado á la tierra



empezó su tarea; y, aunque la emprendió con agrado y ligereza, no tardó en hacérsele fatigosa y pesada, pues, cuantas más lágrimas recogía, más quedaban por re-

coger. ¡Las pobres madres lloran tanto!...

Al fin, pudo reunir las todas, y, con ellas, voló al cielo, poniéndolas, tibias aun, á los pies de Dios.

El Señor sonrió dulcemente; las esparció á los cuatro vientos, y alzando ambas manos, dijo:

— ¡Brillad!

Y el hombre, en la tierra, contempló, lleno de asombro, como el cielo resplandecía, cubriéndose de temblorosas y brillantes luces de misterioso, suave y melancólico fulgor.

Así, hija mía, por voluntad del que todo lo puede, nacieron las estrellas.





UN PERRO JUICIOSO Y CORTÉS

TENGAN ustedes muy buenos días, señores. ¿Se asombran ustedes de verme proceder cortésmente? No lo extraño; muy al contrario, reconozco que tienen ustedes muchísima razón y causa sobrada para considerarnos mal.

Hay muchos semejantes míos, bruscos,

groseros y desaliñados, que se portan de un modo intolerable; yo, á veces, viendo su desatención y tosquedad, me siento tan abochornado, que la cara se me cae á pedazos, y hasta me da vergüenza de ser perro.

Afortunadamente yo no soy así: en la casa de mi amo todos me quieren, y los niños no pueden vivir sin mí.

Tomo parte en sus juegos, como buen camarada, y doy continuadas pruebas de moderación y paciencia, porque, yo no sé si será por efecto de la poca edad, pero es lo cierto que, entre los niños, hay muchos, muchísimos, menos juiciosos y circunspectos de lo que es justo y razonable esperar.

Á mis amitos, por ejemplo, se les ocurre ponerme bocado, retorcerme las orejas, tirarme de la cola ú otras fechorías por el estilo.

Otros perros protestarían seguramente de un modo más enérgico y en forma más peligrosa; pero yo me digo á mí mismo:

¡Paciencia, Leal! (yo me llamo Leal, para servir á ustedes) ¡paciencia!

Estos excesos son chiquilladas, que los perros serios y moderados como tú, deben disculpar y tolerar de buen grado.

Con los años, ya les vendrán á estos caballeros el juicio y la prudencia.

Yo soy muy precavido y previsor; y por esto, todas las noches hago mi visita de inspección al jardín y á los patios.

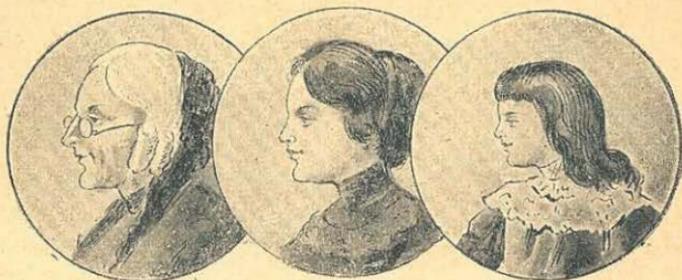
Si oigo ruidos sospechosos, me acerco con cautela y averiguo de dónde proceden; y si, por casualidad, por entre las rejas alcanzo á divisar algún rondador inoportuno ó algún bulto poco tranquilizador, dejo escapar un gruñido malhumorado, como diciendo: ¡Cuidado, amigo! Váyase con la música á otra parte, que es lo que le conviene.

Mire que hay aquí quien vigila, y quien, con sus recios colmillos, puede enredar su negocio y darle un serio disgusto.

Y cuando me convenzo de que todo está

en calma, me retiro á mi perrera, satisfecho de servir con celo y lealtad á un amo humano y bondadoso que me da alimento sano, agua limpia, refugio ancho y holgado, y, principalmente, palmadas amigables y palabras cariñosas, que los perros, como muchas personas, preferimos á todo cuanto pueda el hombre darnos.





ABUELITA, MAMÁ Y YO

Como soy la única mujercita de la familia, en mi casa, todos me quieren y me regalan.

Yó, que según dice papá, me paso de lista, me aprovecho de la indulgencia y mimo con que soy tratada, y, de cuando en cuando, suelo hacer cada demasia, que ¡ya, ya!

Casi siempre mis vivezas pasan desapercibidas ó quedan sin correctivo; pero, á veces resultan tan pesaditas y tan fuera

de medida, que mamá se ve obligada á regañarme y reprenderme.

Yo, que la conozco muy bien, cuando me convenzo de que la cosa no es broma y de que su enojo no es fingido, me callo y me retiro prudentemente arrimándome á mi abuelita que, como siempre, me acaricia y trata de disculparme.

—Bueno, hija,—le dice á mamá,—no te acalores, que la cosa no es para tanto; todos los chicos son unos aturdidos; y esa tiene á quien salir, porque tú, de chiquita —añade sonriendo— hacías cada una...

Mamá, oyéndola, empieza á desenojarse y replica, ya más benigna:

—¡Ay, mamita, cómo se deja engañar usted! Usted no sabe quién es esta personita; si fuera de oro, no tendría precio.

Créame; usted es demasiado buena, no la mime ni regale tanto.

Abuelita, entonces, me lleva consigo á su cuarto; abre un cajoncito donde guar-

da siempre cosillas buenas para mí, me da un dulce, y, cuando lo he comido, me dice:

—Ven acá, taravilla; es preciso que hablemos seriamente.

Tú, eres muy buena; pero á veces te pasas de lo tolerable.

Tu mamá tiene razón que le sobra; eres un torbellino, y esto no está bien.

Las niñas han de ser juiciosas y modistas, porque sino, nadie las quiere.

Las que son unas aturdiditas y revoltosas hacen sufrir á sus mamás y les causan disgusto y pena.

¿Serías, tú, capaz de entristecer y hacer llorar á la tuya?

—No, abuelita—contesto yo, llorosa y confusa.

—Bueno—dice mi protectora, secándose los ojos—no hablemos más del asunto; quedamos en que habrá enmienda, ¿eh?

Yo prometo de todo corazón no hacer más diabluras; y entonces me dice abueli-

ta: Ahora hay que hacer las paces con mamá.

Salimos á buscarla; y cuando la encontramos, abuelita le dice:—Aquí tienes á tu hija, que tiene algo que decirte.

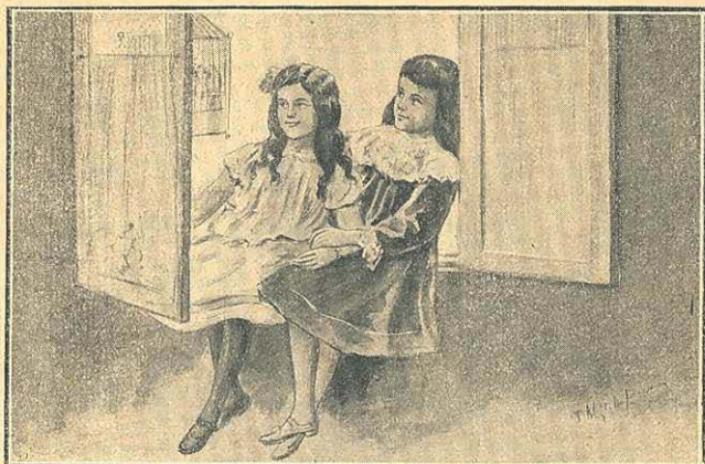
—¿Qué quieres?— dice mamá — que, sin estarlo, se hace la enojada.



—Quiero decírtelo al oído— digo yo con mucho mimo.

Mamá se inclina; yo le hecho los brazos al cuello, y la doy muchos, muchísimos besos que ella me retorna sonriendo.

Entonces yo me propongo no hacerla enojar más, pero, á veces, me olvido, y ¡zas!, sin pensarlo, vuelvo á las andadas.



DIÁLOGO DE PÁJAROS

MIRA, Leonor, mira qué contentos se ponen estos canarios cuando los sacan al sol...

— ¡Ya lo creo!

— Y mira cómo charlotean. ¿Verdad que parece que están conversando?

— Y, ¿qué duda tiene que conversan?

— ¡No digas!

—Escucha un momento, Margarita, y vas á ver como es cierto que hablan entre ellos. ¿Oyes?

—Sí, oigo, chou, chou, chuí.

—¿Y ahora?

—Ahora oigo, chou, chou, chué.

—¿Y no has entendido?

—No.

—¡Qué tonta! Chou, chou, chuí, significa: ¿Cómo están ustedes por aquí? Y, chou, chou, chué, quiere decir: Buenos, gracias, ¿y usted?



—Y es verdad. ¡Quién lo diría!

Una carcajada burlona coreó estas palabras; volvieron la cabeza, Margarita y su amiga Leonor, y vieron al travieso Tomás que, con las manos en los bolsillos, las miraba, malicioso y burlón.

—Y tú, que te ríes, ¿qué sabes? — exclamó Leonor, picada y resentida por el gesto despectivo del hombrecito.

— ¡Que no voy á saber! Sé que sólo los zonzos se tragan tales pamplinas. Y á ti, ¿quién te enseñó estas pavadas?

— Mi abuelita, que sabe mucho, y que entiende todo lo que dicen los animales y las cosas.

— Y, las cosas ¿también hablan?

— También.

— ¿Sí? Pues, vamos á verlo. ¿Quieres hacerme el favor de preguntarle á tu abuelita, ¿qué es lo que dice mi trompo cuando baila?

Leonorcita quedó suspensa un momento; pero al instante, ofendida por la zumbona risita de Tomasito, contestó con retintín:

— Ya lo creo que se lo preguntaré. Mañana tendrás la respuesta.



LAS CONFIDENCIAS DE UN TROMPO

Y, preguntó Tomás, al día siguiente á Leonor, con el mismo tono chancero de la víspera:—¿Ya se entendieron mi trompo y tu abuela?

—Ya lo creo—contestó la niña—y quedaron los mejores amigos del mundo.

Que te creías, tú, ¿que era chanza?

Fué esta vez, Tomás, el que se calló receloso; intrigado por la seguridad y el aire satisfecho de la chiquilla.

—Toma—dijo Leonorcita alargándole un papel—aquí te traigo escritas las confidencias de tu señor trompo, para que no se te olviden.

Tomasito desarrolló el escrito y leyó lo siguiente:

Procedo de un hermoso boj, que, como otros muchos, fué vendido al tornero de una aldea próxima á mi bosque natal.

Un trabajador, alegre y activo, hizo de los arbustos numerosos pedazos que depositó en una cesta. Allí permanecí al-



gún tiempo, hasta que al fin, un día, un oficial me sacó del canasto, me examinó

atento, colocándome después en el torno, que empezó á voltejear rápidamente.

No repuesto del aturdimiento en que el acelerado rodar me había sumido, sentí que rozaba mi superficie un instrumento duro y cortante, percibí un *¡ras!* chillón, y luego un dolor tan grande y agudo, que perdí el sentido.

Cuando salí de mi desmayo, me encontré convertido en lo que soy, en un coqueto y movedizo trompo, y confieso lealmente que no lamento la transformación y que

do por bien empleadas las rudas caricias del formón.

De entonces acá he pertenecido al niño que tengo por dueño, que me trata mimosamente y con no interrumpida solicitud.

Arrolla un cordel al rededor de mi cuerpo; me lanza al

velo, en medio de un círculo de

cabecitas amables que siguen atentos y satisfechos mis giros y bailoteos.



Á mí me satisface la atención que me prodigan, y deseoso de recompensarla, bailo incesantemente con afanoso empeño, sobre la brillante púa de acero que, después de tornearme, me colocaron.

Realmente; no puedo estar quejoso de mi suerte.

Mi trabajo es fácil y entretenido; teniendo además la ventaja de que, al realizarlo, divierto á esos seres buenos y cariñosos entre los cuales siempre ando: los niños



ENSEÑANZA PRÁCTICA

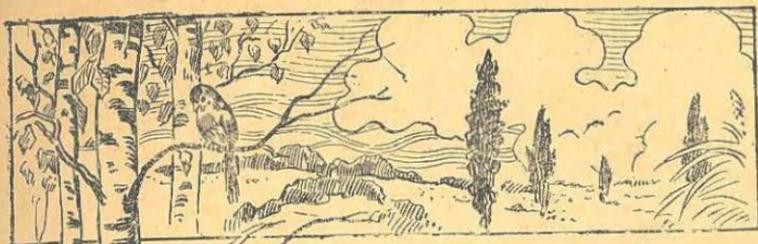
En una escuela de párvulos pone un problema el maestro:

— Si de un número quitamos una cuarta parte, y luego las otras tres cuartas partes, ¿qué nos queda como resto? La forma de la pregunta deja á los chicos perplejos.

— Lo haremos prácticamente, á ver si lo comprendemos: yo divido en cuatro partes un melocotón que tengo. Cómete una cuarta parte Pepito; Juanito y Pedro, comed una cada uno; cómete la cuarta, Diego. ¿Véis? ¡Os comisteis las cuatro! Tened presente el ejemplo. Si de un número quitamos una cuarta parte y luego las otras tres cuartas partes, ¿qué nos ha quedado?

— ¡El hueso!





¡NO MATÉIS Á LOS PÁJAROS!
¡NO DESTRUYÁIS SUS NIDOS!

HAY niños de mala índole y de corazón insensible que, armados de hondas, van por plazas y parques, persiguiendo á los pobres pajaritos.

Con alegría cruel y con gritos destemplados, celebran su cobarde victoria, cada vez que un certero disparo, mata ó hiere á una de sus víctimas.

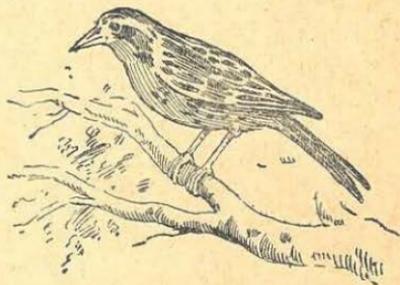
Parece imposible, que los niños, que son débiles, tanto, que sin el cariño y

los cuidados de todos los que les rodean, morirían á millares, no tengan lástima de unos pobres seres, débiles como ellos, sin defensa ni amparo, incapaces de resistir á sus perseguidores, más fuertes y astutos que ellos, y que saben, además, construir y usar instrumentos de destrucción y de muerte.

Otros, se entregan, entusiasmados, al torpe y bajo placer de saquear los nidos, apoderándose de los pequeñuelos recién nacidos, martirizándolos y destruyéndolos.

Si presenciaran la pena de los padres, cuando, al regresar anhelantes, trayendo en el pico el sustento de sus hijuelos, encuentran desierto y deshecho el nido que ellos fabricaron con tanta paciencia y amor, quizá los precoces malhechores se arrepentirían de su inhumana conducta.

Niños argentinos, sed buenos y cariño-



sos con los pájaros, que no hacen mal á nadie y que se pasan la vida trabajando por nosotros.

Sin ellos, los labradores se arruinarían; los ratones y los insectos destruirían año tras año las cosechas, y los campos se volverían estériles é inhabitables.

Tened presente que nadie tiene el derecho de destruir inútilmente una vida, y aprended la conmovedora lección que un pobre y bondadoso indio dió á su hijita, sencilla y airosa flor de los bosques.



PIEDAD INDIA

UN indiecito se acercó una tarde á la hija de un cacique, compañera suya de juegos, y le ofreció un pajarillo de bellísimo plumaje, que había encontrado en el campo.

Nadie sería capaz de imaginar cuánta fué la alegría de la niña; con cuánta gratitud aceptó el regalo, ni la atención y cuidado con que trató al pajarillo.



Púsole comida y agua y jugó largo rato con él, abrigándolo después en su pecho, para defenderlo del frío de la noche.

Su padre, que había observado todos sus movimientos con suma atención, la llamó, y con mucho cariño, le dijo:

—Hijita mía; he observado lo que hici-

te y estoy satisfecho de tu bondad, voy á decirte, ahora, lo que debes hacer con estaavecilla.

Durante esta noche consérvala y abrígala; pero mañana, al alba, camina hasta el límite de nuestro campo, allí donde ya no hay tiendas y donde la hierba es espesa y alta.

Una vez que llegues allí, levanta tus ojos al cielo, y di: Dios bondadoso, aquí te entrego estaavecilla que es tuya. Mirame y ampárame y ten de mí piedad como yo la tuve de ella.

La niña, que escuchaba atenta, preguntó:

—Padre, ¿entonces los pájaros pertenecen á Dios?

—Sí, y Él se alegrará mucho que se lo devuelvas sin hacerle daño.

La niña se durmió tranquilamente, y al amanecer, como le aconsejó su padre, fué al lugar que aquél le había indicado, y, levantando sus bracitos en alto y mante-

niendo suavemente sujeta á la avecilla, recitó mentalmente su plegaria á Dios.

Después besó al pajarillo, abrió las manos y le dió libertad.



El ave, llena de júbilo, describió un círculo sobre la cabeza de su joven protectora y luego se elevó en el aire, volando presurosa como si quisiera ir al encuentro del naciente sol.



EL GATITO DE VICTORIA

Si vieras, abuelita, qué gatito tan coquetón y lindo tiene Victoria.

Es blanquísimo, de ojos muy pícaros y de cabeza graciosa.



Victoria no le pone moñitos al cuello, porque su maestra le ha dicho que es peligroso; saltando pueden los gatos enredarse en algún clavo ó astilla y morir ahorcados.

Es muy juguetón y amigo de jarana. Victoria, cuando está de broma, hace que no repara en él. ¡Si vieras, entonces, todas

las monadas que hace para llamar la atención de su amita!

Maúlla suavemente; salta dando brin-
quitos; corre; hace que se va y vuelve;



enreda con lo que encuentra en el suelo, y no se está quieto un minuto, hasta que consigue que Victoria le haga caso.

Otras veces se entusiasma, jugando, saca las uñas, y rasguña y araña á su dueña.

Entonces, Victoria, le dice enojada: ¡Sal de aquí, grosero!; y él, comprendiendo que ha hecho mal, se esconde en un rincón y se deja estar un rato muy largo sin moverse ni chistar.

Cuando calcula que Victoria ya no está enojada, asoma lentamente la cabeza, da un maullidito y mira receloso; si ve que no le dicen nada, avanza con precaución y se hace

una rosca á los pies de su ama, esperando, lleno de paciencia, que ella le llame ó le hable.

Y hay que verle cuando esto sucede; hace tantas zalamerías, arrumacos y embelecocos, que parece imposible que un gato sea tan vivo y adulador.

Victoria sabe un montón de historias de perros y gatos; hoy me contó la del *Gato Campanero*; ¡tú ya la debes saber!...

—Pues mira, no, no la sé.

—¡Cómo! ¿Es esto posible?

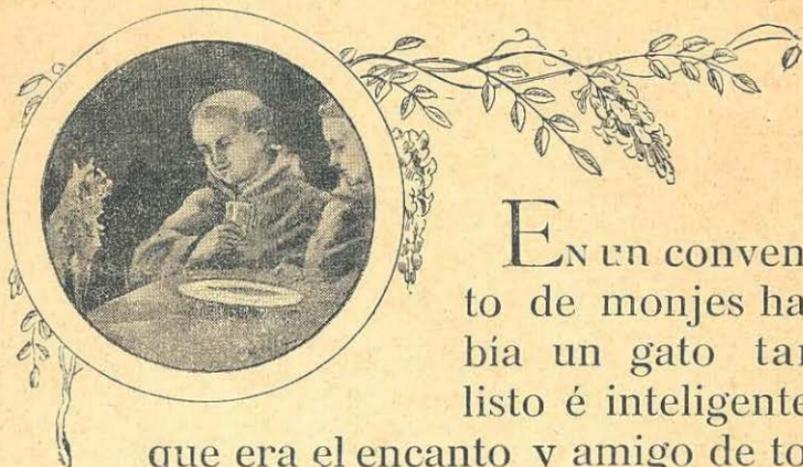
—Vaya, tal como te lo digo.

—Pues me alegro mucho, ¡pero muchísimo!

—Esto sí que es curioso. ¿Y por qué te alegras?

—Porque así, abuelita querida, podré darte yo, una vez en la vida, el placer que me das tú, cuando me refieres alguna de esas historias que tan bien sabes y que con tanto gusto me sabes contar.

UN MORRONGO CAMPANERO



EN un convento de monjes había un gato tan listo é inteligente,

que era el encanto y amigo de todos los religiosos.

Tanto le consideraban, que le permitían comer con ellos en el refectorio, siendo el gato el primero que acudía, cuando la campana, con sus acostumbrados toques, señalaba la hora de ponerse á la mesa, recibiendo, muy satisfecho, la ración que, en un gran plato de barro, se le servía.

Un día, no se sabe cómo, quedó el gato encerrado durante varias horas en un des-

ván, de manera que, al sonar las campanadas, el animal no pudo salir, y se quedó en ayunas.



Cuando recobró la libertad, lo primero que hizo el gato fué volar al comedor, que encontró solitario y desierto.

—Aquí no hay nada que comer— pensó —vayamos á la cocina.

Y así lo hizo; pero en la cocina nadie le hacía caso.

Enfrascados en sus tareas los hermanos cocineros, ni por asomo se preocuparon de su visitante.

El gato maulló, fué de un lugar á otro, haciendo cuanto creyó conveniente para que reparasen en él, pero, en vano.

—¡Caramba!— decía para sí.—¿Cómo haría yo para que estos hermanos supieran que tengo hambre y que deseo comer?

¡Ah!—exclamó de súbito—ya sé.

Y salió tan rápido de la cocina, como antes había abandonado el comedor.

Á los pocos momentos, los frailes que paseaban por el jardín, oyeron, llenos de asombro, que la campana llamaba á la mesa.

¡Qué es esto! ¡Si no es hora! ¿Se habrá vuelto loco el hermano campanero?

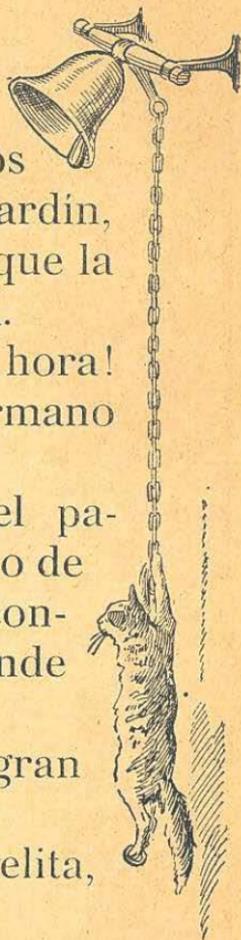
Es preciso verlo—dijo el padre superior.—Y acompañado de dos ó tres religiosos de su confianza, dirigióse al lugar donde estaban las campanas.

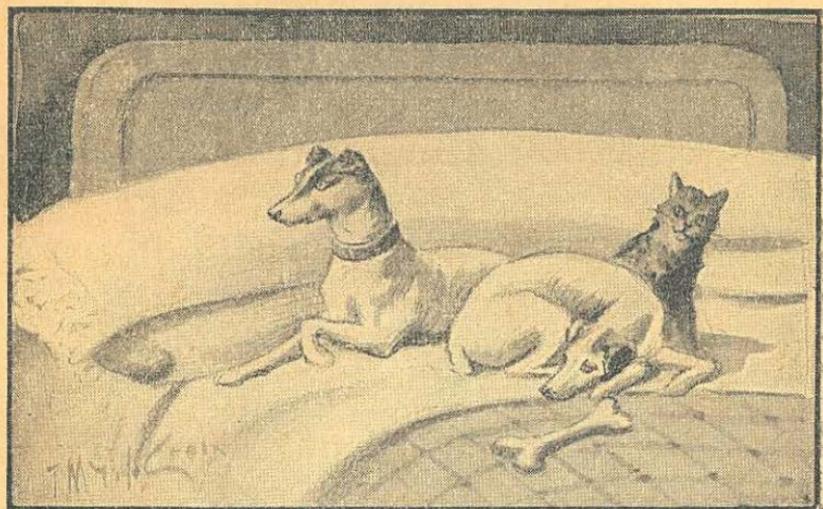
Llegar á él y soltar una gran carcajada, fué la misma cosa.

—¿Qué imaginas tú, abuelita, que vieron?

—¡Quien sabe!

Pues, al perillán del gato que, prendido á la cuerda del badajo, hacia sonar la campana, pensando sería oído y lograría comer.





UN BUEN CONSEJO

Es muy interesante y linda tu historia; y, para corresponder á la gracia y buena voluntad con que la has contado, voy á regalarte una cosa muy útil.

—¿Qué me vas á regalar, abuelita?

—Un buen consejo. Es justo tratar con humanidad á los animales, cuidarles, darles apropiado alimento, no hacerles traba-

jar con exceso; pero, es peligroso y poco limpio jugar ó estar en contacto con ellos.

— Hay infinidad de niños, y aun de personas mayores, que andan todo el día con un perro ó con un gato áuestas; que los hacen dormir en su cama; que los besan, y que, á veces, hasta comen en un mismo plato: esto es feo, sucio y repugnante.

¿Qué harías, tú, si una de tus amiguitas, después de besar á su perrito, en presencia tuya, pretendiera besarte á ti?

— ¿Yo? No se lo permitiría.

— Y harías muy bien. Desgraciadamente, no puede evitarse esto; hay personas tan poco escrupulosas, tan sucias é ineducadas, que lo mismo besan el hocico de un gato, que los labios del más lindo bebé.

La costumbre de besuquear á los animales, cuesta á veces muy cara.

Es preciso no olvidar que los gatos y



los perros contraen enfermedades contagiosas que comunican fácilmente á las personas.

Es, pues, conveniente, no tratarles con mucha familiaridad, no sólo en bien nuestro, sino en obsequio á nuestros amigos.

Y para recompensar la galantería de que has usado conmigo, contándome las habilidades del gato de un convento, voy yo á contarte la vida de un perro que también vivía entre religiosos y que se hizo muy célebre.



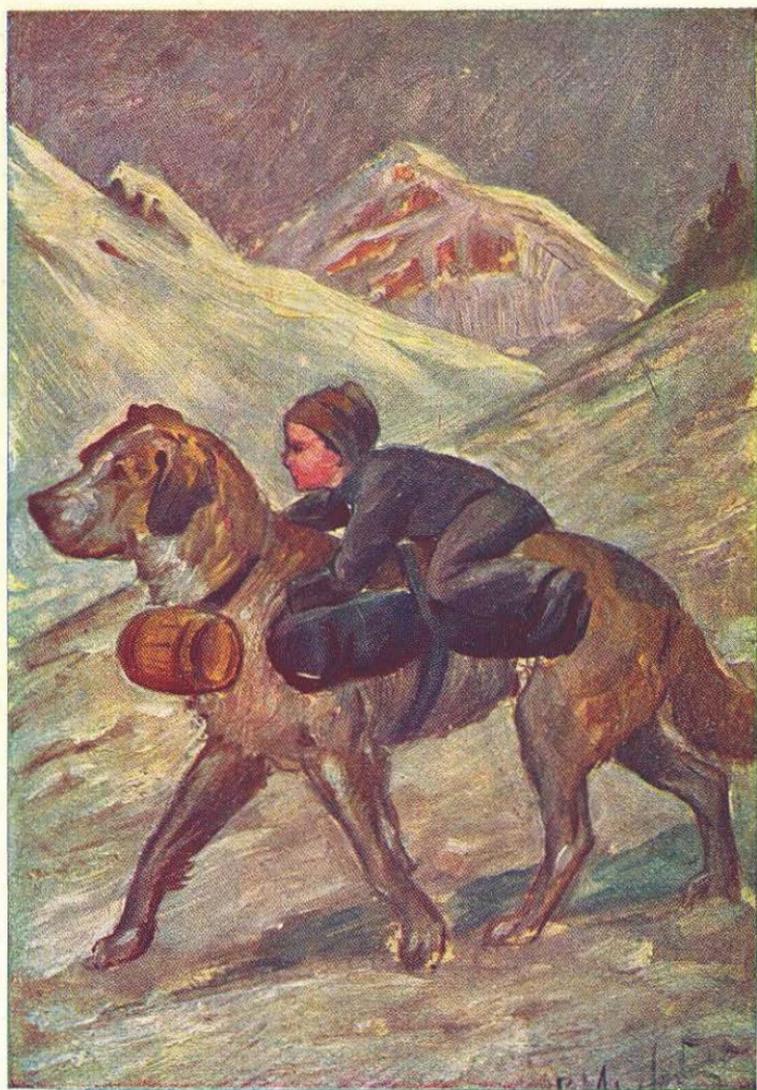
HISTORIA DEL PERRO BARRY

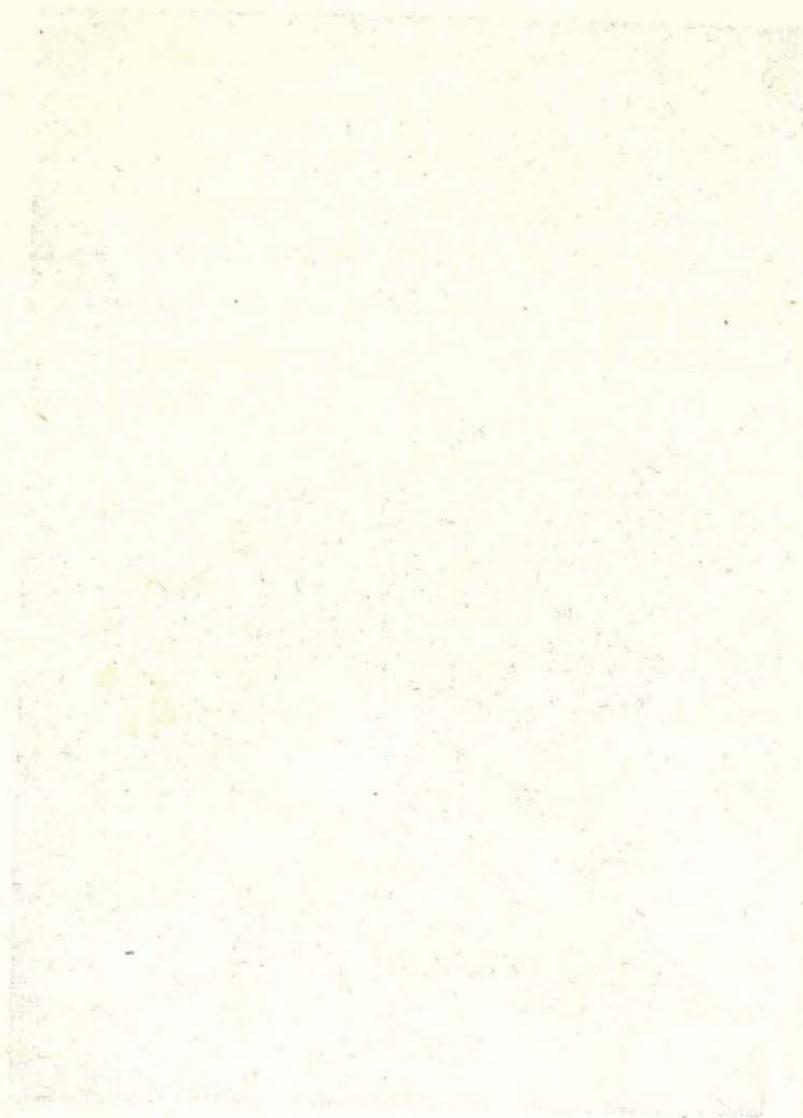
TIEMPO atrás, para ir por tierra de Italia á Francia, era preciso atravesar los Alpes, montañas altísimas, siempre cubiertas de nieve.

En verano la travesía era, no sólo fácil, sino agradable; pero, en invierno, resultaba muy peligrosa.

Muchos de los que por necesidad tenían que ha-



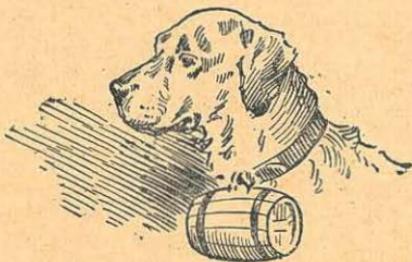




cerla, morían enterrados en la nieve ó se derrumbaban en los precipicios.

Los monjes del convento de San Bernardo, al pie del monte de este mismo nombre, criaban grandes perros que, en la mala estación, salían á recorrer la montaña, trayendo una manta arrollada sobre el lomo y un pequeño frasco de aguardiente colgado del pescuezo.

De todos estos perros hubo varios que sobresalieron por su inteligencia y valentía; y entre éstos, se distinguió en primera fila, uno, llamado Barry.



Cuando bramaba el huracán y la nieve caía en copos espesos; cuando la tormenta era más imponente y cuando muchos de los perros, acobardados, se escondían, Barry, fuerte y gallardo, se paseaba inquieto, dando muestras evidentes de desear salir.

Entonces, los monjes abrían la puerta

del convento, y le decían : Ve, buen Barry, y Dios quiera guiar tus pasos.

El inteligente animal salía animoso, y casi nunca regresaba sin algún caminante salvado por él de una muerte segura.

Una vez, el salvado fué un niño. Observando que la criatura no podía andar, con gestos expresivos le hizo entender que debía montar sobre su ancho lomo, como sobre un caballo.

Cuando se vió comprendido, tomó el camino del monasterio, donde los padres, á fuerza de cariñosos cuidados, lograron arrancar á la muerte una existencia temprana, un ser inocente todavía.

Barry vivió muchos años; salvó cuarenta viajeros y murió dejando grata memoria.

Fué la vida de este animal más útil y noble que la de muchos seres humanos, que tienen el nombre, pero no el corazón de tales.



¡MIENTRAS CAE LA LLUVIA!

Tic, tic! ¡Tac, tac!—Ya estoy aquí, señora azotea. ¿Cómo les va, amigos cristales?

—Muy mal; el sol nos requema, y la tierra, que nos ahoga, no nos deja respirar.

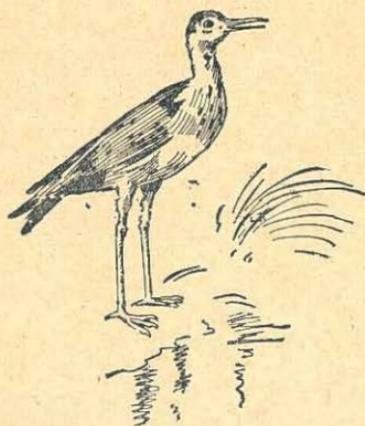
—¡Bah! No se preocupen ya más de esto. Ya estoy aquí, y en un momento les dejaré limpios y frescos como una rosa.

—Llega usted oportunamente, señora lluvia; si se retrasa usted unos días más, su auxilio hubiera resultado inútil, porque ya hubiera sido tarde.

—¡Caramba! ¿Tan apurada es la situación?

—Más de lo que usted puede figurarse. Los campos están resecos, los pastos quemados y las hojas de los árboles achicharradas.

Esta mañana, si llega usted á ver los pájaros, le hubieran dado lástima.



Batían desesperadamente las alas, y sus piquitos entreabiertos, parecían decir:

¡Cielo, dulce y amado cielo! ¡Danos agua, mucha agua, clara, fresca y dulce: cúbrete de nubes y empapa la tierra; nos morimos de sed!

—Tiene usted mucha razón. Yo no pue-

do ver lástimas, y de seguro me hubiera conmovido. Buenos amigos: la conversación de ustedes, me resulta muy agradable; pero, si me dan permiso, voy á empezar mi tarea.

—Sí, sí, vaya usted y socorra á tantos sedientos. Tiempo tendremos de conversar después.

Las gotas, al principio escasas, se espesan después, hasta convertirse en gruesos chorros; el agua, corriendo por todas partes, vivifica cuanto toca con su fina caricia y con su amoroso beso.

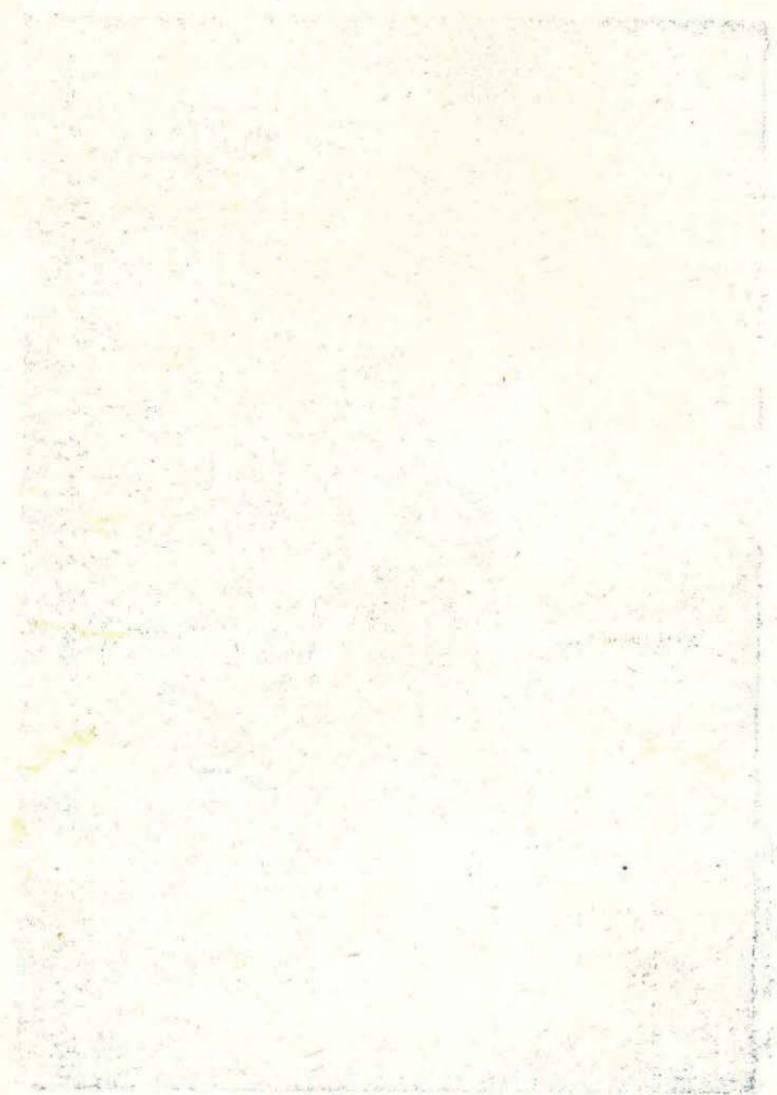
La vacas y los caballos corren con gran contento por el campo, balan tiernamente las ovejas, vuelan las aves, lanzando alegres gorjeos, las hojas de los árboles reverdecen, y el campo esmeraldino, parece de terciopelo.

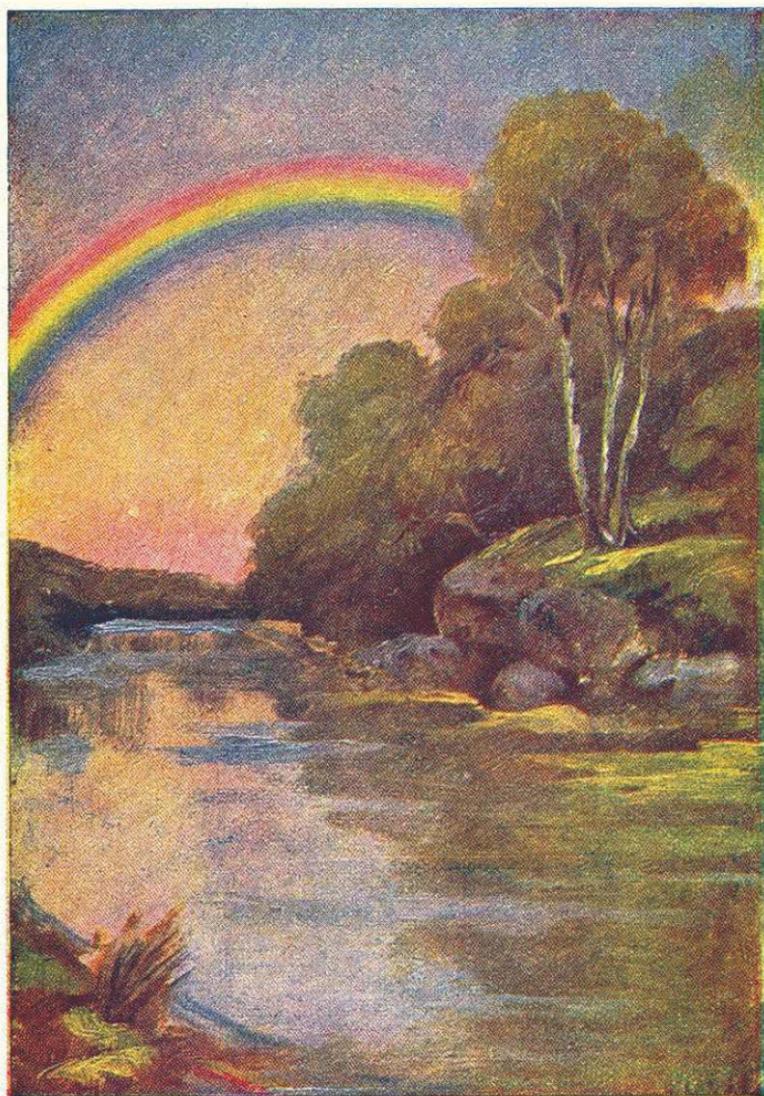
Los labradores, que creyeron perdidas sus cosechas, cantan felices; en el cielo aparece el arco iris, como signo de dicha

y de paz, y los pájaros trinan suavemente, como queriendo decir:

¡ Gracias, hermoso cielo ; nos has dado la lluvia, que es la riqueza y la vida; límpiate ahora de nubes y muéstranos de nuevo tu hermoso y brillante azul !









EL ARCO IRIS

Los colores del arco iris
 De los cielos, siete son,
 Como siete en la semana
 Son los días que hizo Dios;
 Como siete son las notas
 De la escala del cantor,
 Los colores del arco iris
 De los cielos, siete son.

De un topacio es su amarillo
 Y su rojo es de un rubí,
 Su violeta es de amatista
 Y su azul es de zafir;

Y su verde es la esperanza
De un alado querubín...
Los colores del arco iris
El buen Dios los hizo así.

Cuando pasa la tormenta
Y brillando sale el sol,
En los cielos el arco iris
Da su risa y su fulgor;
Y en los campos se sonríen
El cuitado labrador,
Cuando pasa la tormenta
Y brillando sale el sol.

ANTONIO BORQUEZ SOLAR





ENTRE AMIGAS

(IMITACIÓN)

MUY buenos días, amiga; ya sospechaba yo que me encontraría contigo, —dijo una mariposa gentil, á una tenue y elegante libélula.

—Está la mañana tan bella, que no imagino que haya quién, pudiendo, se prive de gozar de sus encantos. Pero, debo felicitarte; estás encantadora con ese traje de rosado y transparente tul. Estás bella é ideal como un manojito de capullos de rosa.

—¿Y qué diré yo de ti? Pues no estás poco airosa con la vaporosa toaleta que has estrenado hoy; es tan hermoso su color azul que puede dar envidia al mismo cielo.

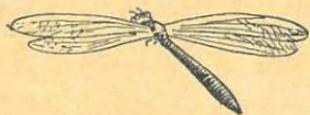
— ¡Aduladorcilla!

— ¡Oiga! ¿A quién lo dices tú eso?

— Hoy me siento bien, más que bien, feliz: el ejercicio y el aire me han sentado perfectamente. Volé de una á otra flor y en todas he hallado suave y fragante polen.

— Pues yo, pasé un mal rato. Estaba muy cómoda, posada sobre una rosa, cuando observé que me faltaba la luz y que algo muy pesado se me caía encima. Era el sombrero de un muchacho, que me lo arrojó, con ánimo de aprisionarme.

Afortunadamente, no perdí el tino; salí rápida; agité las alas, y me elevé en el aire, burlando á mi enemigo.



— Recibe mi felicitación por la escapada; ¡adiós! amiga mariposa, consérvate buena.

— Mil gracias, gentil libélula. Pásalo bien, y, ¡mucho ojo con los traviesos muchachos!



LA CANCIÓN DEL AIRE

ME conocéis? Sí, de seguro.
Somos amigos viejos.

Sin mí, no existiríais. ¡Ay de
aquel que no siente mi caricia.

Soy el aire, el dulce y vivificante
aire, que penetra en vuestros pulmones
purificándoos la sangre.

Sin mí se asfixiarían las plantas y no
habría en la tierra ni verdor, ni frutos, ni
flores.

Yo soy el trabajador empeñoso que em-
pujo las nubes para que dejen caer sobre
las tierras la lluvia bienhechora y bendita.

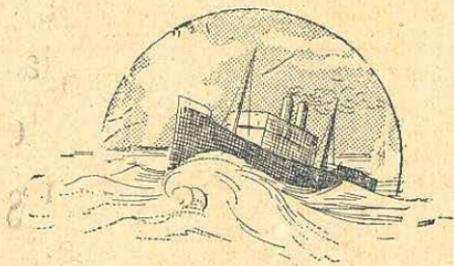
Yo soy el que llevo á vuestro oído la
palabra dulce de las madres; el armónico

canto de los pájaros, los murmullos de los árboles y de los arroyos; las voces de cuanto alienta y existe.

Difundo y propago la luz. Sin mí estarían á obscuras los que no pueden ver directamente el sol.

Y os presto aún un grande y útil servicio: enciendo el fuego. Nada ardería sin mí; suprimidme, y se acabará el fuego que os da calor en invierno, que cuece vuestros alimentos y que de noche os alumbra.

Para saber cuánto valgo, imaginad lo que sería el mundo sin verdor, sin lluvia y sin fuego.



Pero, como sucede con todos los pacíficos, cuando me enfurezco, soy terrible. Levanto las olas del mar y hundo en las aguas los más poderosos buques; derribo edificios, arraso murallas y arranco de raíz árboles centenarios.

Temed mis ratos de cólera, pero quedme siempre.

Pensad que soy de ordinario bueno y apacible, que trabajo siempre y sin descanso para vuestro bien.

No echéis en olvido que es el aire el que protege y salva la vida y el que esparce por doquiera la felidad.



I POBRE ANIMAL!

Ay, abuelita!

—¿Qué tienes, niña, qué te pasa?

—Si hubieras visto, ¡pobre caballo!...

—Tranquilízate; siéntate cerca de mí, cuéntame lo que te ha sucedido y por qué estás llorosa y agitada.

—Pues, vi un caballo muy flaco y viejo que se había atascado en el barro y que no podía salir de él...

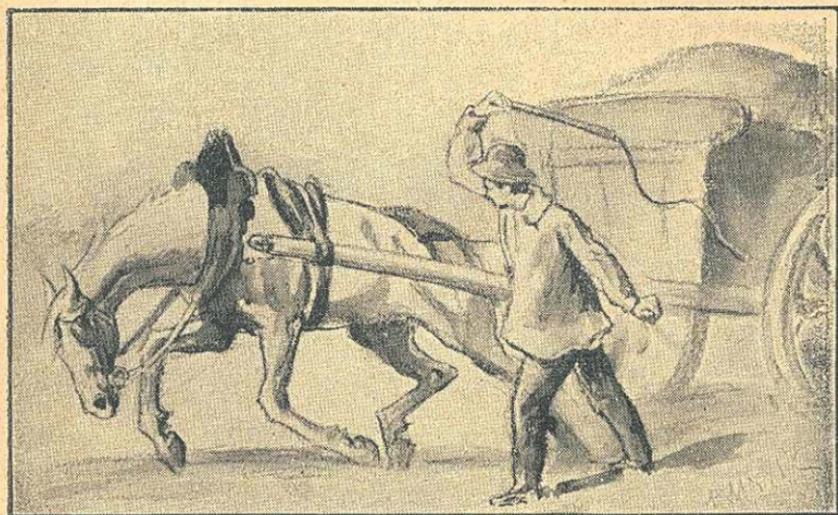
—¿Y el carretero no le ayudó?

El muy pícaro ni siquiera se bajó del carro; gritaba como un loco, y descargaba sobre los flacos lomos del escuálido animal, una lluvia de palos, cada vez más fuertes. ¡Cómo sonaban, abuelita, cómo sonaban!

La infeliz bestia hacía inútiles esfuerzos para salir del paso, y al recibir los golpes,

movía la cabeza y relinchaba dolorosamente; pero su amo, cuyo enojo no amenguaba, seguía pegándole sin piedad.

—¡No lo castigue!, —le grité yo, llorando; pero el mal hombre se burló de mi, y siguió apaleando al animal.



Por fin, el infeliz caballo, agobiado por el dolor, y ya sin fuerzas, se dejó caer al suelo.

Su cuerpo, inundado de sudor, se estremeció vivamente; sus ojos, fijos, y muy

abiertos, fueron empañándose, y yo... muerta de miedo, escapé de allí llorando sin consuelo.

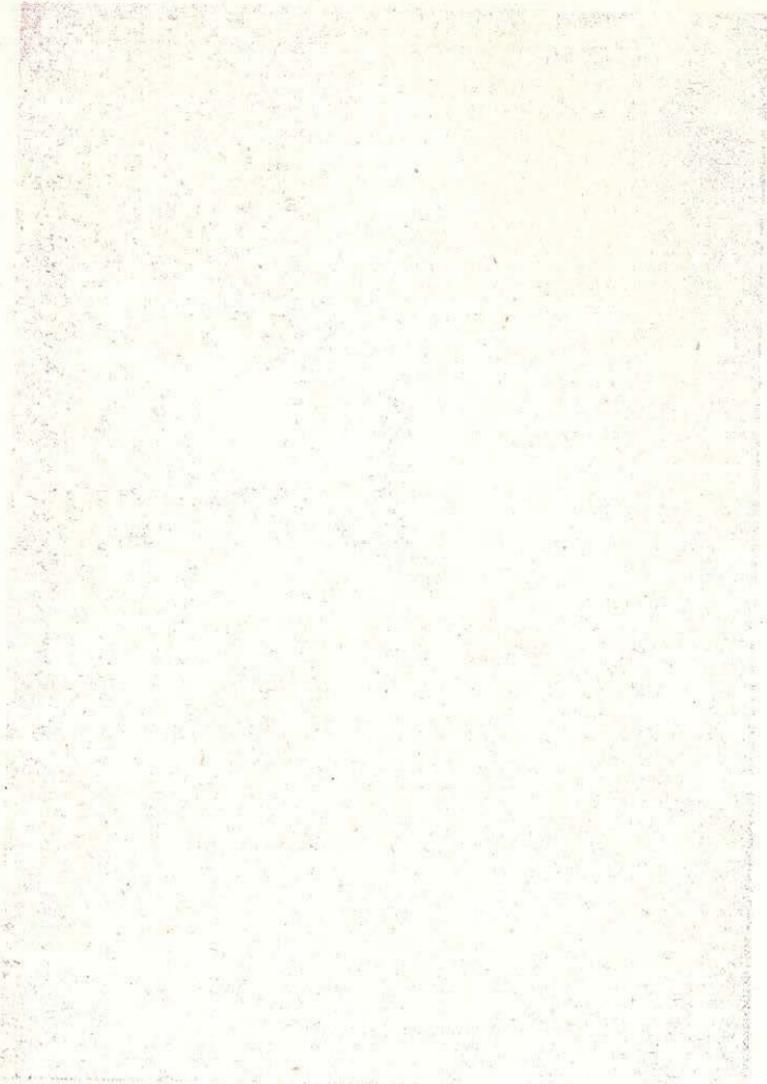
—Bueno, no llores más, te enfermarás. Ese hombre, de corazón tan duro, no podrá nunca ser feliz.

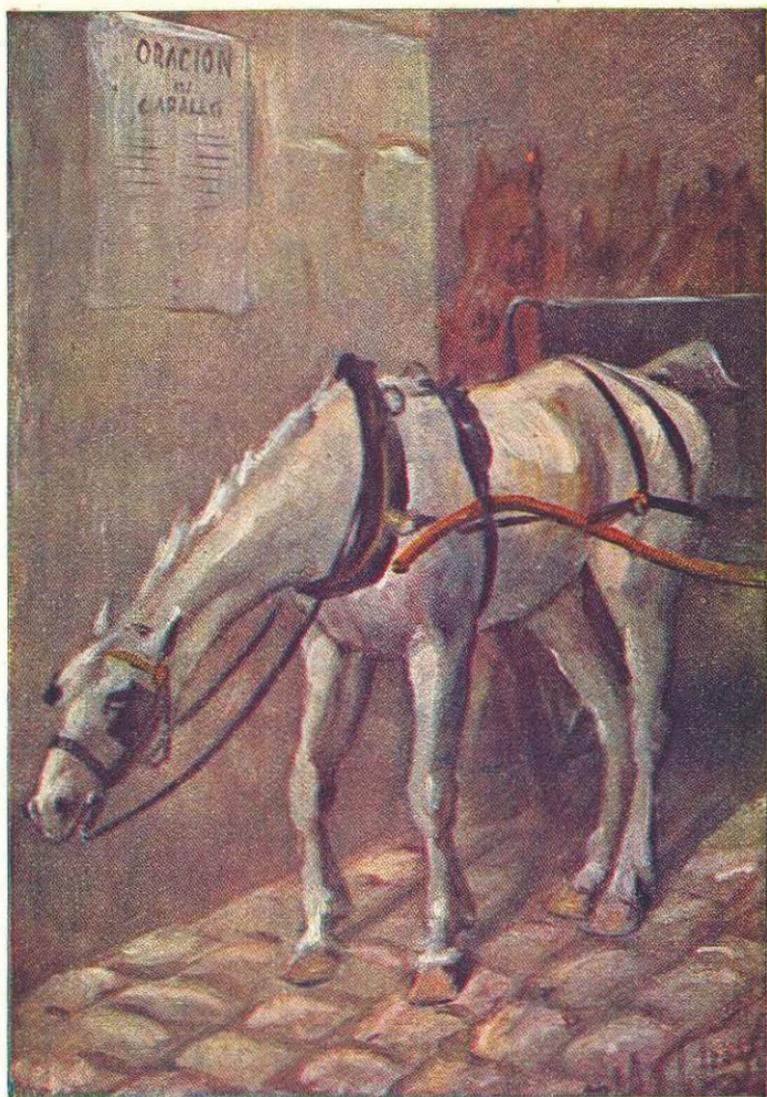
Desgraciadamente, hay aún seres así, pero cada día son menos; en cambio, aumenta hora á hora el número de los que tratan á los animales con bondad y dulzura, y que trabajan y se asocian para protegerlos contra la maldad y la ignorancia.



Hay espíritus estrechos ó superficiales que se burlan de estos hombres y de sus esfuerzos; pero, los *protectores de los animales*, desdeñan las chanzas y las groserías y persiguen entusiastas su obra humanitaria y generosa.





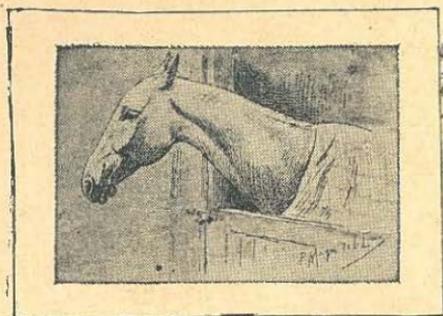




LA ORACIÓN DEL CABALLO

UNO de estos hombres compasivos, el Jefe de Policía de una ciudad muy grande, que se llama Nueva York, ha hecho colocar en todas las cuadras y caballerizas de la población, el siguiente cartel:

ORACIÓN DEL CABALLO.—Te ruego, amo mío, que escuches y atiendas mi oración: aliméntame y calma mi sed. Después de terminado el trabajo y la tarea del día,



llévame á una cuadra limpia. Háblame, porque la voz es más eficaz que las riendas y el látigo; acaríciame y enséñame á trabajar con paciencia y buena voluntad.

No me fustigues en las subidas, ni me tires de las riendas en las bajadas. Si no te entiendo en seguida, no te apresures á enarbolar el látigo; mira si por acaso se han enredado las riendas; mira si las herraduras me lastiman los cascos. Si aparece que desdeño el pasto examíname los dientes. No me cortes la cola, porque es mi sola defensa contra las moscas que me molestan y atormentan. Querido amo: cuando la edad me haya inutilizado, no

me condenes á morir de hambre; márame de tu propia mano, para que no sufra inútilmente. En fin, perdona que acuda á ti con esta humilde súplica en nombre de "AQUÉL" que nació también en un establo.



EL VIEJECITO QUE HACÍA FLORECER LOS ÁRBOLES

VIVÍAN, hace muchos años, en un país muy lejano del nuestro, que se llama el Japón, dos viejecitos, marido y mujer, tan buenos y joviales, que á todos inspiraban simpatía.

¿Á todos, he dicho? Me equivoqué: debí decir que inspiraban simpatía y cariño á todos, menos á un matrimonio, vecino suyo, muy malo y envidioso.

Un día, el perrito del matrimonio bueno, escarbó en el suelo; su amo cavó en aquel lugar y encontró muchas monedas de oro.

El mal vecino, que se enteró del caso, quiso probar fortuna y pidió al viejecito bueno que le prestase su perro, y salió con él al campo.

El can no quería escarbar en el suelo: pero fué obligado á hacerlo, á fuerza de palos.

Escarbó el envidioso afanosamente; pero, en vez de monedas de oro, sólo encontró piedras.

Fué tal la ira del chasqueado avariento que, de un solo golpe, mató al perrito, en-



terrándolo junto á un árbol derribado por la tempestad.

El dueño del perro aserró el tronco del árbol caído, y de uno de sus trozos hizo un mortero, que resultó tan extraordinariamente maravilloso, que cuando el buen ancianito ponía en él arroz ó centeño para ma-

jarlo, aumentaba de tal manera, que cada uno de los granos daba harina por mil.

El viejo malvado, celoso de la prosperidad de su vecino, robó el mortero y lo echó al fuego.

La buena parejita, apreciada y querida de todo el pueblo, soportó con paciencia la mala acción de su pérfido vecino: pero el esposo recogió cariñosamente las cenizas del mortero, y, como movido por una inspiración del cielo, espolvoreó con ellas los árboles muertos que, inmediatamente, empezaron á reverdecer.

Cuando este prodigio llegó á noticia del emperador, llamó al ancianito bueno y á su mujer y los colmó de honores y distinciones.

El envidioso avariento al saber que su mala acción, en vez de perjudicar á sus vecinos, les había producido dichas y honores, recogió algunas cenizas que quedaban allí donde fué quemado el mortero, y las esparció sobre un árbol seco.

Pero entonces pudo verse una cosa asombrosa; en vez de reflorcer, las ramas del árbol muerto se hicieron flexibles como grandes correas, y, mientras unas sujetaban al



viejo maligno, otras le dieron una paliza tan grande, que le retuvo en cama largo tiempo, quedando, de resultas de ella, tuerto, rengu y jorobado por todo el resto de la vida.

El viejecito bueno, que hacía florecer los árboles, vivió muchos años contento y feliz al lado de su buena esposa.

Cuando llegó su hora, tuvo una muerte dulce y tranquila como el sueño de un niño, y dejó en la memoria de sus vecinos un recuerdo imperecedero, hermoso y suave como sus virtudes.

MI MAESTRA



MI maestra se llama Hortensia. Como tú, abuelita, sonrías siempre y jamás está enojada.

Tiene mirada de buena y una voz suave y cariñosa: nunca grita, y cuando nos habla, quisiéramos que no acabase jamás.

Cuando en el recreo ve alguna niña apartada de las demás, sola ó triste, se acerca á ella, la acaricia y averigua la causa de su aislamiento.

Si resulta que la niña ha regañado con sus amigas, pone paz entre ellas, diciéndolas que las compañeras no deben reñir y que es muy feo ver malas caras en una escuela.

Á veces, la niña solitaria es una alumna nueva que no conoce á nadie: entonces, la señorita Hortensia la toma de la mano, la lleva donde estamos nosotras, y nos dice:

—Aquí les presento una nueva alumna, que está triste, porque se ve sola, no conoce á ninguna de ustedes y extraña la compañía de sus padres y de sus hermanitos.

Espero que pronto serán ustedes y ella buenas amiguitas, y que todas harán lo posible para que esta niña se sienta en la escuela contenta y feliz, como se siente en su hogar.

Nosotras rodeamos á la recién venida y procuramos serle gratas; ella se anima poco á poco, y, al terminar las clases, ha

hecho ya un sin fin de amistades; después, á los pocos días, ya es de las nuestras.

Á la señorita Hortensia le gusta que la escuela esté *paqueta*; pone macetas de flores en todas partes; ¡tantas! que los patios y los huecos de las ventanas, parecen un jardín, y, no contenta con esto, tapiza las paredes de los salones con estampas lindísimas é interesantes.

Yo no sé de dónde las saca, pero creo que no habrá otra persona en el mundo que tenga mejor acierto y gusto para elegir las.

Continuamente las cambia, y nosotras, que estamos ya acostumbradas á este género de novedades, damos todos los días, al empezar las clases, una rápida mirada á los muros, esperando encontrar en ellos alguna novedad.

Hoy en nuestro salón, colocaron un cuadro nuevo, monísimo.

Representa á un niño que tiene en la ma-

no derecha una rama florida, y que sostiene con la otra un papel de música.

Á su alrededor una multitud de patitos, con el cuello estirado y los piquitos muy abiertos, parecen cantar con manifiesto entusiasmo.

Pero no hemos sido únicamente nosotras las favorecidas; en el salón contiguo al nuestro, apareció también una lámina preciosa.



Figura un bosque muy espeso; en primer término, se ve una nena muy linda, rubia y de ojos azules, que se resguarda del frío con un gorro y una toquilla roja. Medio escondida tras de un gran tronco, la niña mira, llena de temor, á un lobo, que se ve entre los árboles del fondo del paisaje.

Dijo la señorita Hortensia, que esta lámina representa una escena de un cuento llamado... ¡ay! ¿cómo dijo que se llamaba?...

—¿La Caperucita Roja?

—Eso es. ¿Sabes tú este cuento, abuelita?



—¡Ya lo creo! Figúrate que mi mamá solía contármelo cuando era yo tan chica como ahora eres tú. ¡Cómo me miras! Ya estoy conociendo que tienes

ganas de que te lo cuente.

—Si tú quisieras...

—Cómo no, hijita mía; escúchame.



CAPERUCITA ROJA

EN una casita verde, cercana al bosque, vivía con sus padres una linda y graciosa niña, á quien, por llevar siempre puesta una caperuza escarlata, llamaban los aldeanos, Caperucita Roja.

Un día le dijo su mamá: Tu abuelita está indispueta; anda á ver cómo sigue; y, de paso, llévale estos bollitos que para ella hice. Anda, no salgas del camino ni te entretengas ni hables con nadie.

Caperucita era muy buena, pero, tenía un grave defecto: desobedecía á sus padres.

Para llegar á la casa de su abuelita, debía seguir un camino que cruzaba la selva, del cual le había recomendado su mamá que no se apartase.

Pero Caperucita, olvidándose de ello, se internó en la arboleda, persiguiendo mariposas y juntando flores silvestres con las que se tejió una corona.

Mirándose estaba en una lagunita, cuando oyó á su espalda, una voz que le decía:



—Estás lindísima; muy bien te queda la corona, niña.

Caperucita volvió la cabeza, encontrándose cara á cara con un gran lobo, que la miraba sonriente.

—Dónde vas, monona—preguntó melosamente la fiera.

—Voy á ver á mi abuelita, que está enferma.

—Y, ¿vive tu abuelita muy lejos?

—Junto á la salida del bosque, en una casita blanca.

—Bueno; te deseo buen viaje, y hasta la vista.

Y, dándose vuelta, el ladino lobo echó á correr.

Pronto llegó á la casita blanca, llamando á su puerta.

—¿Quién es?—preguntó una vocecita débil.

—Soy yo, Caperucita Roja, que vengo á verte—contestó el lobo, fingiendo la voz.

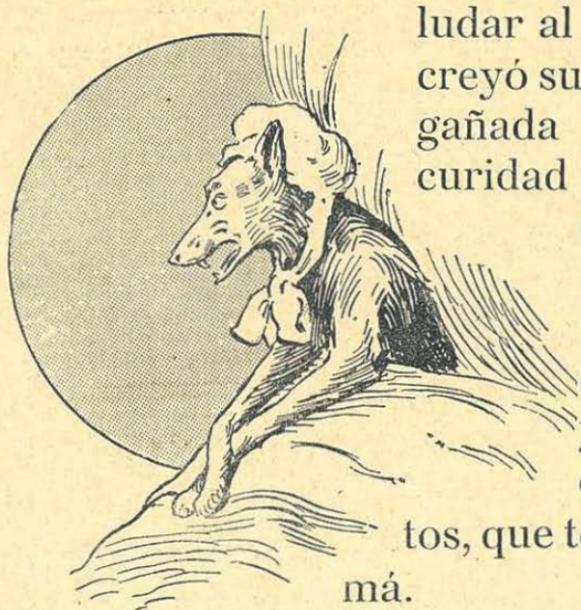
—Tira del picaporte, y se correrá el cerrojo.

Hízolo el lobo; penetró en la casa, y, una vez dentro, echóse sobre la enferma y la comió en un instante.

Después, se puso muy de prisa la ca-

misa, el gorro y la toquilla de su víctima, y se acostó tranquilamente en la cama de aquélla.

Al cabo de un ratito, Caperucita llegó á la puerta: llamó, entró y, después de sa-



ludar al lobo, al que creyó su abuelita, engañada por la obscuridad de la pieza, dijo:

—Abuelita, vengo á ver cómo sigues, y á traerte estos bollitos, que te manda mamá.

—Gracias, mi hijita: deja los bollitos sobre la mesa, y siéntate á los pies de mi cama.

Caperucita, á quien llamó mucho la atención la estrafalaria facha del lobo, dijo:

Pero, abuelita, qué orejas tan grandes tienes.

—Para oírte mejor, hijita.

—Pero, abuelita, qué ojos tan grandes tienes.

—Para verte mejor, hijita.

—Pero, abuelita, qué brazos tan grandes tienes.

—Para abrazarte mejor, hijita.

—Pero, abuelita, qué dientes más grandes tienes.

—Para comerte mejor, hijita.

Y al decir esto, el feroz animal quiso echarse sobre la niña; pero, se enredó en las sábanas, dando tiempo á Caperucita para escapar y pedir auxilio.

Un leñador que pasaba oyó sus gritos; penetró en la casa, y, viendo al lobo, lo mató de un hachazo.

Luego, tomando de la mano á la niña, que temblaba de miedo, la acompañó á su casa.

El susto y la pena de haber causado la

muerte á su abuelita, enfermaron gravemente á Caperucita Roja.

Cuando pudo dejar la cama, cambió de modo de ser: jamás desoyó los consejos de sus padres, y fué siempre dócil, sumisa y obediente.





PITÚ

—
CONOCEN ustedes á mi hermanito Pitú?—¿No?—Pues no han visto la más linda y graciosa de las criaturas; y no vayan á figurarse que hablo así, porque es

mi hermanito, sino porque es la verdad. Á mí el cariño fraternal no me ciega.

Tiene la cabecita cubierta de rulitos negros y lustrosos; los ojitos alegres y picarones; la boquita chica y risueña, y la naricilla ñatita y agraciada.

Es muy vivo é inteligente. Cuando despierta habla solo, *cuenta cuentitos*, canta, palmotea, y si observa que le miran, se ríe muy satisfecho, como si quisiera decir: ¿qué se habían creído ustedes? Yo, tengo muchas habilidades.

Mamá, que está chocha con su nene, le enseña una porción de monerías, que él repite complaciente, con un simpático aspecto de hombrecillo bonachón, que á todos encanta y enamora.

Á ver, chiquito ¿cómo hace el gato? Y él, mirando al suelo é hinchando los carrillitos, hace con voz aguda: ¡hiii!

¿Y el perro?—¡Huá, huá!—¿Y la vaca? Al oír esta pregunta, Pituquín entorna los ojuelos, frunce los labios, inclina la ca-

becita, y con voz que quiere ser gruesa y grave hace: ¡*muu, muu!*

Pero, á veces, tiene sus caprichitos; no quiere que las personas que le tienen alzado se sienten, sino que permanezcan en pie; tira lo que tiene á mano al suelo, por el gusto de que se lo alcancen cien veces, y, hay que obedecerle porque sino, se disgusta, hace pucheritos y pone una carita tan compungida...

Tiene pasión por los caballos; cuando ve uno, se ríe, da saltitos, mueve los brazos y grita: ¡*jico, ico!*

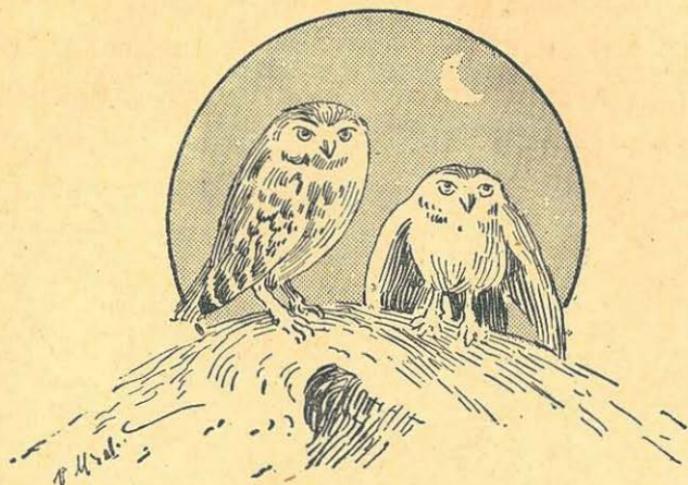
Dice papá, que cuando tenga cuatro años, le comprará un *petizo* y lo llevará á pasear por el Parque 3 de Febrero; pero mamá, replica que no lo consentirá, porque no tiene ganas de que el chiquito caiga y se mate.

Sabe saludar á todos los conocidos; tira besos; baila, hace mil gracias y moñadas, que á todos los de casa nos parecen cosas nunca vistas.

¡Ah! Se me olvidaba decirles que á mí me

quiere con locura y que se pone contentísimo cuando vuelvo de la escuela. Eso es, porque yo, le cuido tanto y le hago tantos mimos, que no parezco hermana, sino una mamita chica.





COBRA FAMA Y ÉCHATE Á DORMIR

— QUÉ sabes, tú!

— ¡Cómo no he de saber!

— ¿Qué es esto? ¿Á qué vienen estas voces?

— Es que Nélida sostiene que la lechuza es un animal estúpido, dañino y odioso, y yo digo que no es tanto...

— Y estás muy en lo cierto. En primer lu-

gar, no tienen las lechuzas nada de estúpidas.

Sus ojos vivos y su cara inteligente, lo demuestran.

Tampoco son dañinas; muy al contrario, limpian los campos de ratas y sabandijas, prestando con ello un inapreciable servicio á los agricultores.

Es falso que sean odiosas; son retraídas, pero, en manera alguna, hurañas; si viven aisladas, es porque les gusta el silencio, y no desean ser molestadas ni quieren alterar sus tranquilas costumbres.

Menos merecida es la tacha de odiosas que algunos les aplican; nada hay en su modo de ser que suponga crueldad.

En cambio, son excelentes madres, cariñosas y amantes.

Si sospechan que algún peligro amenaza á sus hijuelos, los toman entre sus garras trasladándolos á un lugar seguro; donde, si llegan á ser atacados, los defienden con furia, y mueren antes que abandonarlos.

Ya ves, tú, Nélica, que la lechuza no es como tú creías, ni odiosa, ni estúpida, ni dañina. Es, en realidad, un animal calumniado y juzgado injustamente.

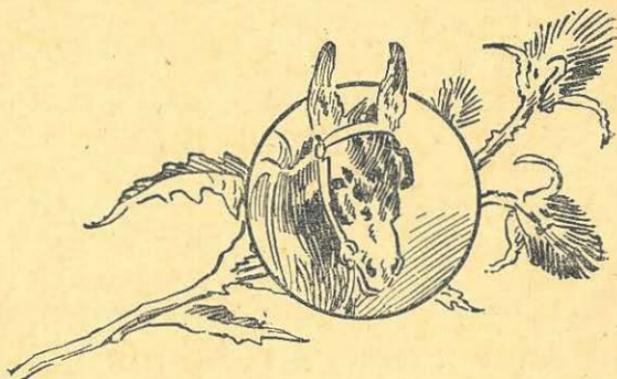
—Convengo en que es, como usted dice, señorita; pero, no se puede negar que la lechuza es fea; ¡feísima!

—Pero,—contestó la maestra, sonriendo:—esto es una desgracia, pero no un delito. ¡Á nadie, por feo, le ponen preso!

Además, debes tener en cuenta que cuando el Autor de todas las cosas hizo á la lechuza como es, buenas razones tendría para ello.

Voy á leerte, para terminar esta discusión, una linda fábula, que es una buena y justa defensa de los feos.





LAS OREJAS DEL BORRICO

A un burro que vió pasar,
 Dijo el burlón Baltasar:
 —¡Vaya una figura rara
 Que tienes, con ese par
 De orejas de media vara!

—Yo no me las escogí
 (Replicó el asno advertido):
 No royéndomelas andes:
 Que Dios tendrá bien sabido
 Porque me las hizo grandes.

J. E. HARTZENBUSCH.

NO GRITÉIS NUNCA

DE entre las muchas malas costumbres que suelen tener los hombres, chicos y grandes, no hay quizá ninguna que sea tan molesta y aborrecible como la de gritar.

El que grita, da prueba de grosería y mala educación; si discute, parece que insulta; si conversa, desagrada, y, aun cuando diga cosas amables, siempre parece que regaña.

La voz humana, cuando es dura y chi-



llona, como resulta la del que grita, tiene toda la ruda aspereza del rugido de las fieras, sin tener su majestad; por el contrario: cuando es suave, halagadora é insinuante, tiene tal seducción y acaricia con tanto mimo el oído, que es muy difícil resistir su encanto.

Un grito puede ser una puñalada moral.

Tan desastroso es su efecto, que ni los animales lo resisten. Los gatos no pueden sufrir que se les grite, y huyen de los lugares donde hay mucho bullicio; y los caballos se asustan é irritan si se les habla en tono áspero ó disonante.

Todo el mundo sabe que los perros ladrarán desafortadamente, cuando oyen, cerca de sí, un alboroto ó gritería.

No hay, pues, que gritar; el hombre gritón aturde, pero no convence; por eso los sabios y los hombres de pensamiento elevado, hablan siempre despacio; saben que es esta la mejor manera de ser comprendidos.

Creed lo que os digo, niños; hablad suavemente, con entonación agradable y armoniosa, y, ni aun estando enojados, levantéis con exceso la voz.

¡Oh, no, no gritéis jamás!





DOS GOLOSOS

UNA rata, atrevida y golosa, que había logrado introducirse en una despensa muy bien provista, se acercó, guiada por el olfato, á un tarro de cristal lleno de olorosa y rica miel, pero, cuya tapa, de gran peso y bien ajustada, era difícil de mover.

Á fuerza de empujones y hociquazos, consiguió la rata volcar la tapadera que, al caer, produjo gran estrépito y se hizo cien pedazos.

El gato de la casa, que dormía muy descansado en la cocina, despertado por el ruido, exclamó:

—¿Qué apostamos á que alguna rata tragona se está regalando con la miel que el ama guarda con tanto cuidado?

Y, rápido como el rayo, marchó á averiguar si eran ciertas sus sospechas.

Al penetrar en la despensa, se detuvo indignado.

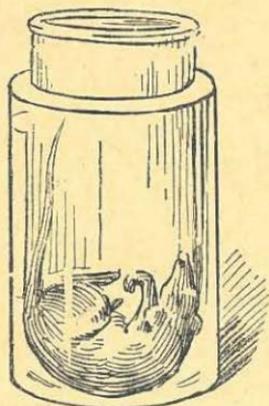
Vió á la rata, acomodada muy coquetamente sobre el borde del tarro, con la cabeza hacia dentro y la cola para el lado de afuera.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos?—Pues yo juro á usted, señora golosa, que quien se coma la miel y con ella se regale, otro más digno que usted ha de ser.

Y, con extremo cuidado, se acercó á la rata, dándole, con el hocico, tan rudo y fuerte golpe, que la pobre, perdiendo el equilibrio, cayó dentro del tarro, hundiéndose en la masa pegajosa y blanda.

Bien pedía ella socorro y misericordia; pero el gato, insensible á sus lamentos, lejos de hacerle caso, le dió un buen par de manotones, acelerando su dulce, aunque espantoso fin.

Á solas con el codiciado dulce, sin competidor y sin recelos, ya puede considerarse cuál sería la tarea de Mustafá (así se llamaba el astuto gato).



Dueño absoluto del tarro, en pocos minutos no dejó dentro de él otra cosa que la rata, completamente muerta y muy cabeza abajo.

Y, ¡es claro! El día que la señora de la casa resolvió hacer uso de la miel, viendo el tarro vacío y la rata dentro, creyó que ella era la ladrona, y que había muerto víctima de su gula.

En tanto, el gato socarrón, viendo impune su fechoría, lamíase los bigotes de gusto,

recordando el dulcísimo atracón, mientras decía para sus orejas:

—Decididamente, es verdad, que en este mundo, unos cardan la lana, para que otros lleven la fama.

Ó sino—añadía picarescamente—*que lo diga la rata.*





¡YO NO TENGO MIEDO Á NADIE!

Yo soy chiquito, pero no tengo miedo. No soy como ciertos entes ridiculos que, cuando un mueble viejo cruje, creen que les llama alguna voz del otro mundo, ó que ven fantasmas, cuando una cortina se mueve.

Yo tendria vergüenza de ser uno de éstos.

Yo soy valiente como los pájaros que,

durante la noche, cantan en lo más espeso del bosque, rodeados de tinieblas.

No faltaba más, que yo, que seré alto como mi padre, y que tendré unos bigotes grandes como los de mi padrino, tuviese miedo, cuando los gatitos, que son más chicos que yo, van por todas partes, de noche, sin que les intimide la obscuridad.

¡Miedo! ¡Bah! Sólo los malos y los tontos tienen miedo. Hay personas, don Tiburcio, por ejemplo, que siempre están soñando desgracias y temiendo que la mala gente les persiga ó intente robarles y matarles.

¿Cómo no han de estar enfermos estos señores?

Yo, cuando mi padrino me dice: Miguélito, anda à mi cuarto y tráeme los anteojos que dejé olvidados sobre la mesita de luz, si es de noche, no quiero bujias, ni nada que alumbre.

Voy sin luz, y solo. ¡No faltaba más! Ya se lo dije al principio: yo no tengo miedo

á nadie; pero no, esto no es cierto; tengo un poquito de miedo, pero nada más que un poquito, á Juanacha, la cocinera, que tiene muy mal genio, y que, cuando le como los dulces que prepara para postre, grita, vocifera, y me corre, amenazándome con el palo de la escoba.

¡Después, á nadie más!



JUNTO Á LAS PUERTAS DEL CIELO

EL alma de un hombre que sólo pensó en atesorar dinero, llamó á las puertas del cielo.



—¿Qué pretendes?—le preguntó San Pedro.

—Quisiera entrar en la gloria.

—Antes es preciso pesar tus acciones.

—¡Oh, eso será difícil, casi las tengo olvidadas...

—No te preocupes de ello: aquí tene-

mos, apuntadas en un gran libro, las de todos los hombres.

Y tomando una balanza que tenía cerca, dijo:

Has sido egoísta, avaro y cruel. Nunca tuviste piedad de nadie, ni lástima de los pobres, ni caridad para con los desdichados.

Hiciste mofa de la justicia, desconociste la virtud, y la verdad fué para ti un nombre vano.

Como á cada acusación de San Pedro, el platillo de las malas acciones bajaba, al terminar el santo de hablar, aquél estaba casi á ras del suelo.

El alma culpable, llena de terror, comprendía, tarde ya, para desgracia suya, que no debía abrigar esperanza ni esperar perdón.

—¡Ah!—decía arrepentida—Si pudiera vivir de nuevo en la tierra, de otro modo me conduciría.

Levantó los ojos hacia su acusador, buscando en su rostro una muestra de piedad,

ó un rayo de misericordia, cuando vió á un viejecito, de aspecto humilde y bondadoso, acercarse á la balanza de las acciones buenas y depositar en ella un mendrugo y unas pajas.

Como si lo hubiesen colmado de plomo, el platillo de las esperanzas de salvación bajó de un solo golpe, mientras el de las acciones punibles se elevaba como si estuviera vacío.

—Estás salvado, entra, dijo San Pedro al avaro.



—El alma redimida recordó entonces, que en un día de invierno, frío y lluvioso, llegó á su puerta aquel mismo viejecito, pidiendo, con voz

doliente, limosna y amparo en nombre de Dios.

Él no tuvo valor de rechazar la súplica; dió al mendigo un pedazo de pan y le dejó dormir sobre unas pajas.

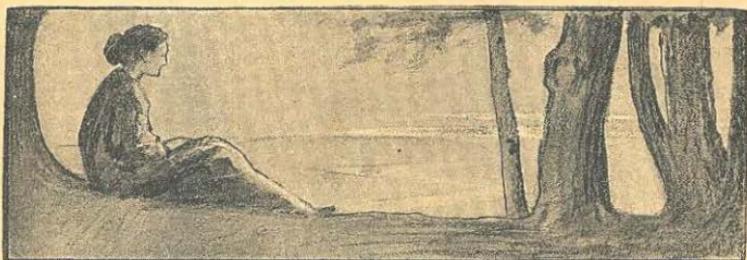
Aquel pedazo de pan y aquellas pajas,
le salvaron, porque Dios, es tan clemente
y misericordioso, que perdona muchas
culpas á cambio de una buena acción.



¡ CUANDO SE PONE EL SOL... !

CUANDO se acaba el día todo parece ponerse triste.

La luz es menos viva, y el color de las cosas menos alegre y claro.

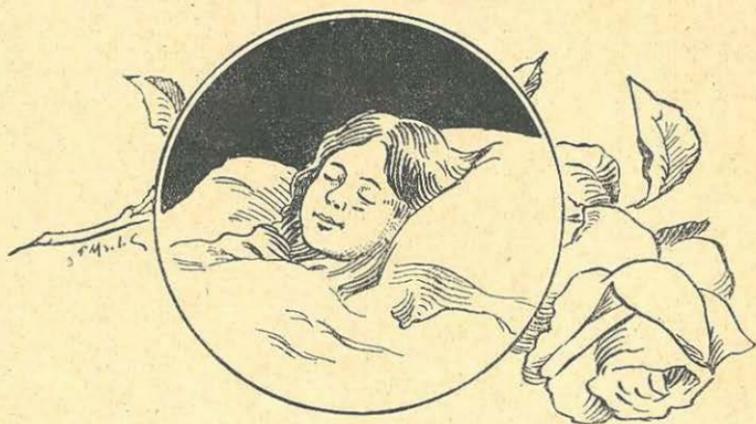


Cuando viene la noche todo calla y padece; los rumores se apagan, los pájaros dejan de cantar, y, de todas partes parece que surgen el silencio y la sombra.

El sol descende lentamente, y, por fin se oculta á nuestras miradas tras de los montes ó en la línea lejana que parece separar el cielo de la llanura ó de las aguas.

Cuando las sombras se hacen muy espesas, brillan en lo alto las estrellas, y en la tierra, unos tras otros, aparecen mil puntos de luz que las remedan.

Entonces llega la hora del descanso; se



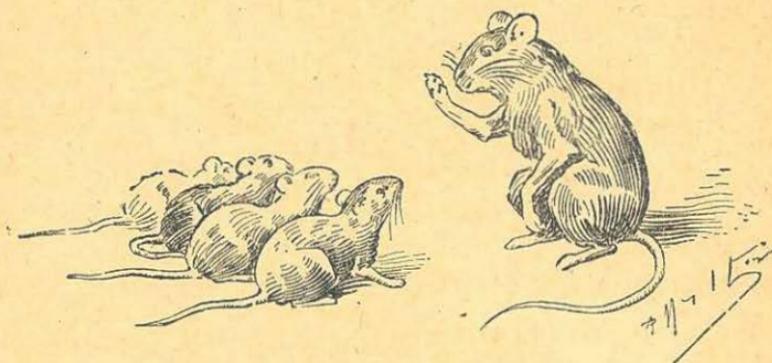
suspenden las tareas, y los hombres buscan en sus casas el anhelado reposo.

Los que han cumplido su deber, los que han trabajado como buenos para mantener á sus familias y para hacer rica, grande y próspera á la patria, esos, duermen contentos y satisfechos, con la conciencia limpia y tranquila.

Los malos, los perezosos y los egoístas, no consiguen gozar del sueño; porque una voz bajita les dice continuamente:

—¡No habéis cumplido vuestro deber!
¡No merecéis la consideración ajena, ni la propia estimal!





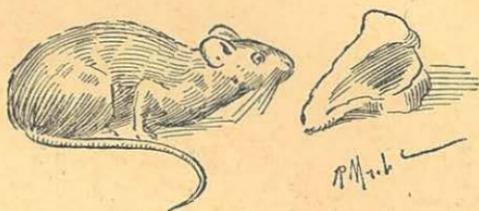
CONSEJOS DE UN RATÓN

UN ratón viejo, dijo un día á sus hijos: Ya tenéis edad para procuraros el sustento; debéis, pues, abandonar la cueva paterna, y vivir sin más ayuda que la de vosotros mismos.

Pero, antes de partir, quiero daros algunos consejos, resultado de una larga experiencia.

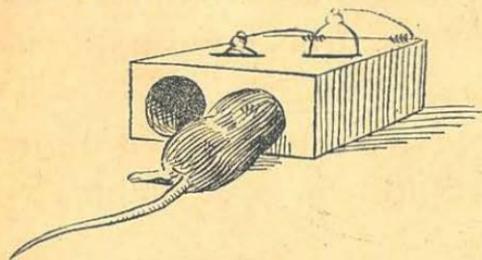
El hombre, hijos míos, nos aborrece, nos persigue y procura acabar con nuestra raza por todos los medios

Sed, pues, prudentes y hasta desconfiados. Tened mucha cautela antes de comer una cosa; porque, puede ser muy bien que esté envenenada; poned mucha atención y estudiad dónde ponéis cuidadosamente el pie, porque podéis caer en una trampa.



Yo fui una vez aprisionado por una, cuyos dientes, agudos y muy fuertes, una vez cerrados no soltaban su presa.

Fuí atrapado por la pata, y sólo después de muchas horas de esfuerzos y sobresal-



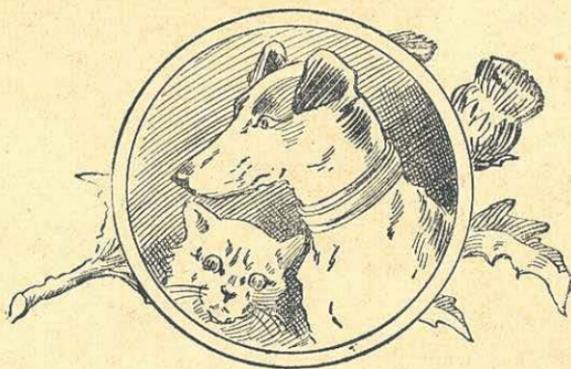
tos conseguí escapar, pero quedando renco por el resto de mi vida; un tío

vuestro fué más desgraciado: la trampa le apretó el cuello y murió estrangulado.

Hay otras trampas que no hacen daño al principio.

Son una especie de casitas muy lindas, hechas de alambre, cuya puerta está siempre abierta, dejando ver en su interior provisiones apetitosas: ¡guardaos de entrar en ellas! porque, una vez que estéis dentro, las puertas se cerrarán tras de vosotros; os será imposible escapar y, al fin, moriréis de hambre.

Peró, no es sólo de venenos y de trampas de lo que debéis huir; también con-

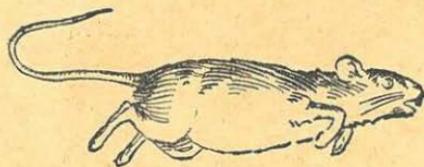


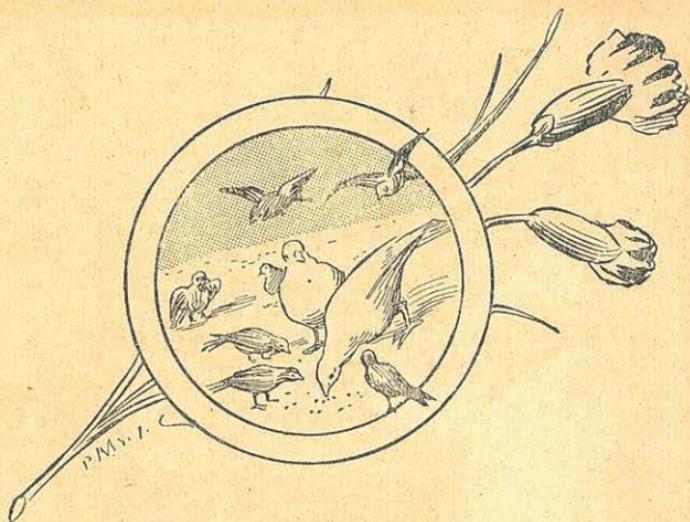
viene evitar la vecindad de los gatos y de los perros.

Estos animales nos odian á muerte; los

perritos llamados ratoneros, hacen entre nosotros grandes estragos; y los gatos, antes de matarnos, nos arañan, nos zaran-dean y nos dan de manotones; á veces fin-gen que nos dejan escapar para darse el cruel placer de capturarnos de nuevo, dán-donos muerte al fin, cuando se cansan de atormentarnos y de divertirse á nuestra costa.

Ahora, hijos míos, ya nada más tengo que añadir. Que la suerte os acompañe, os libre de tropiezos y os permita vivir mu-chos y felices días.

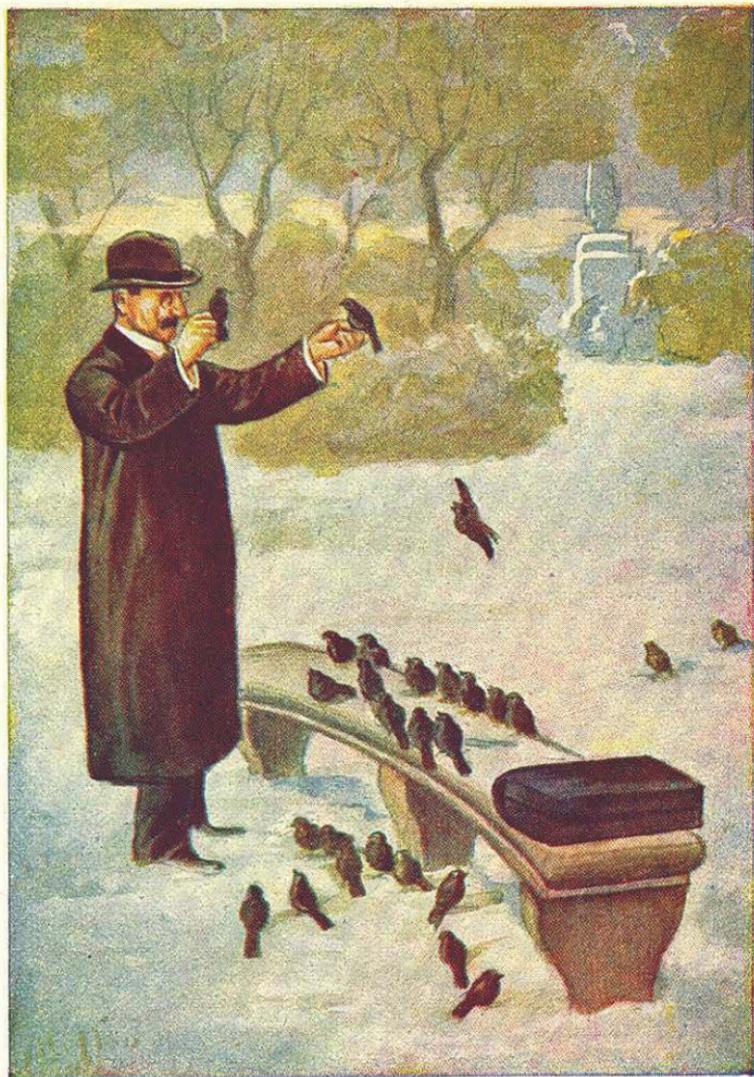


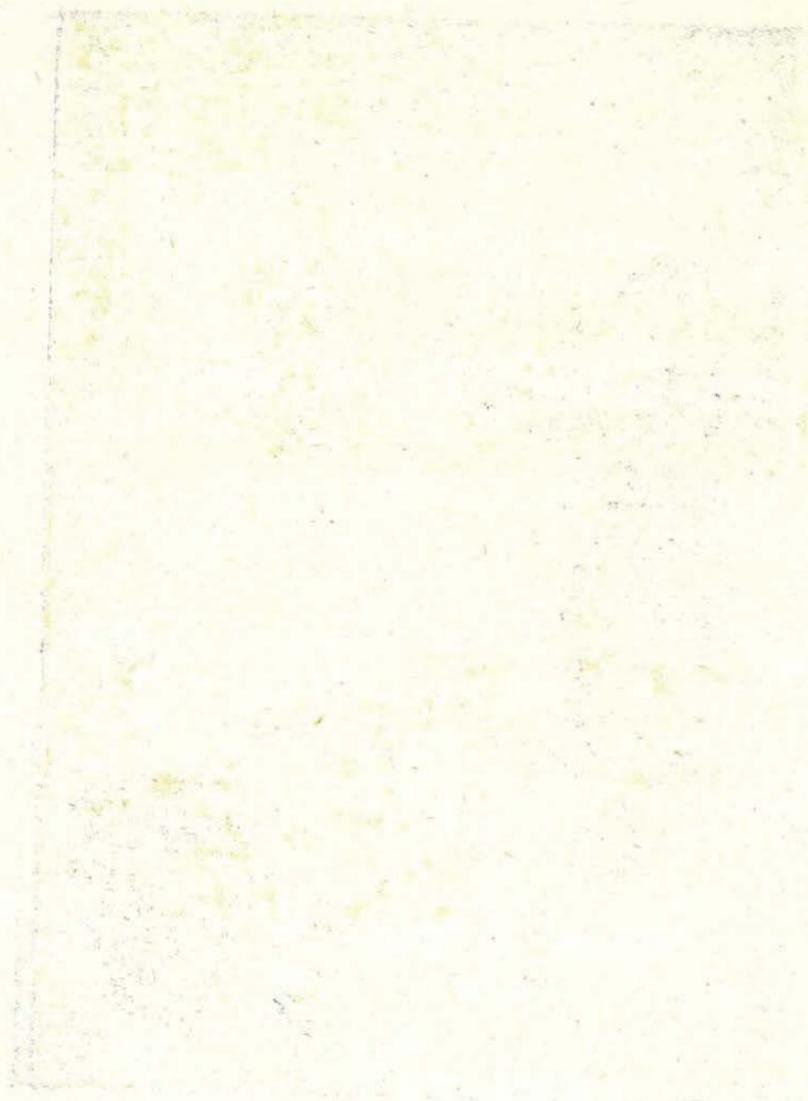


BUENOS AMIGOS DE LOS PÁJAROS

No existen animales más lindos y graciosos que los pájaros. Su plumaje, hermosamente pintado, y sus movimientos sueltos y flexibles, deleitan la vista; y su canto, armonioso, dulce y suave, cautiva á los que sienten placer caminando por los campos y los bosques.

Ellos desearían vivir cerca de nosotros, en nuestro hogar, pero una triste expe-





riencia les ha convencido de lo peligrosa que resulta la vecindad del hombre, que los mata, los caza, destruye sus nidos y les roba sus polluelos.

Nuestra crueldad ha hecho recelosos, y hasta huraños, á estos seres tan lindos y tan alegres.

Afortunadamente, son ya muchísimos los hombres que, lejos de atentar contra su vida, les cuidan y protegen.

En nuestra América hay una isla, casi sin árboles, triste y fría, pero habitada por gentes de buen corazón.

En esta lejana isla, llamada Islandia, los patos hacen sus nidos y ponen los huevos en las cabañas de los campesinos y de los pescadores, seguros de que nadie los tocará, y se les ve, frecuentemente, andar por las calles de las aldeas sin que nadie les moleste.

En París hay un señor, á quien llaman el domesticador de pájaros, que acude todos los días, aunque llueva ó esté nevando, á

dar de comer á los alados habitantes de los bosques.

Éstos le conocen tanto, que, al oír su voz, acuden á bandadas, posándose, confiados y bulliciosos, sobre los hombros y brazos de su buen amigo.



Durante las nevadas y las inundaciones que ha soportado la gran ciudad francesa en los últimos inviernos, este hombre compasivo y humanitario, salvó la vida á millones de pajarillos que, sin él, hubieran perecido de hambre.

Su bondad le ha hecho popular, y el

Gobierno francés, interpretando el pensamiento de todos los parisienses, le ha hecho caballero de la Legión de Honor, distinción que sólo se concede á los sabios y á los hombres de gran mérito.

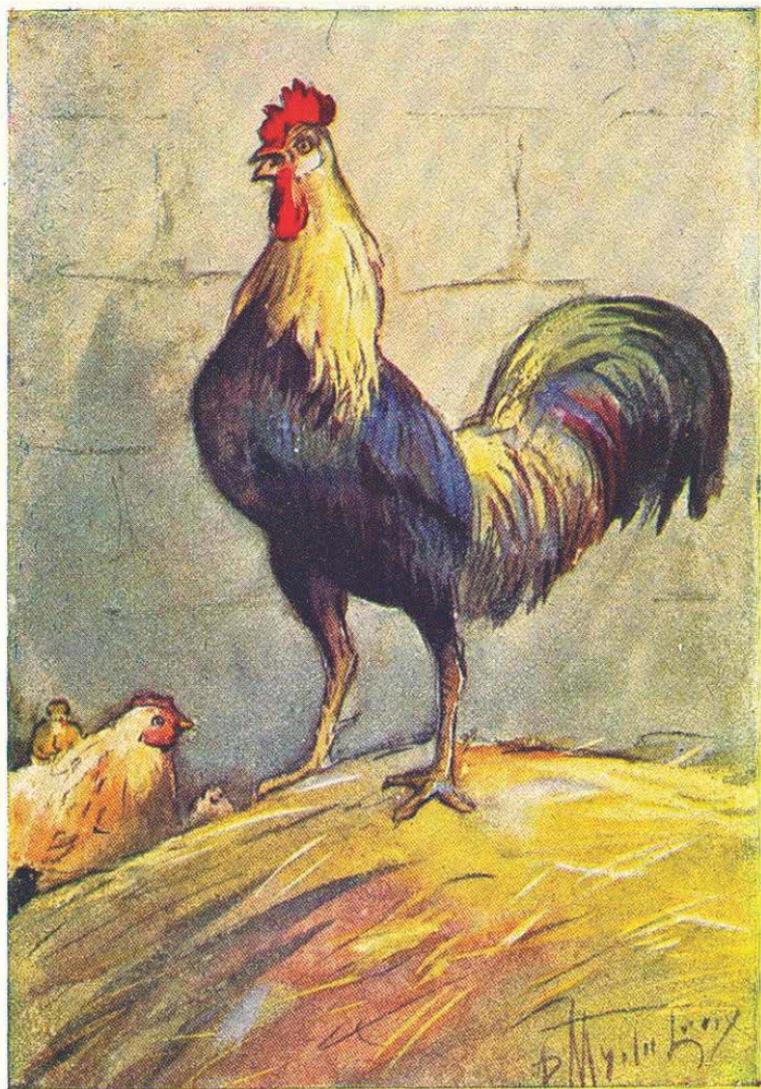




EL GALLO

Yo soy el gallo!— Luego que el día,
 Entre cendales de azul turquí,
 Llega invadiendo la selva umbría,
 Alegre canto: ¡Quiquiriquí!

Luzco mi cresta cual amapola
 De un rojo vivo de carmesí;
 Como un penacho radia mi cola
 De enhiestas plumas... ¡Quiquiriquí!



1910

Cien años vive quien se levanta
Cuando amanece. Creedlo así,
Por eso ufana mi voz le canta
Al sol naciente ¡Quiquiriquí!

De la pereza soy enemigo;
Seguid mi ejemplo; miradme á mí;
Alerta siempre yo á todos digo:
¡Llegó la aurora! ¡Quiquiriquí!

LUIS F. JIMÉNEZ.





LOS MUERTOS POR LA PATRIA

A que no sabes, abuelita, qué es lo que hicimos hoy en la escuela?

—¡Vaya uno á saber! ¡Se pueden hacer tantas cosas en ella!

—Pues, hemos recordado á los muertos por la patria.

—Y habéis hecho muy bien; porque, nadie como ellos, es tan acreedor á nuestra gratitud y á nuestro respeto.

¿Recuerdas tú quiénes fueron estos héroes?

—Yo sé el nombre de algunos; pero, ¡cómo fueron tantos! es imposible saber el de todos.

Me acuerdo de Moreno que, al expirar, dijo: “¡Viva mi patria, aunque yo perezca!”; de Güemes, que mandando á los bravos salteños, rechazó siempre á los españoles; de Brandsen y de Besares que murieron peleando contra los brasileños, y de Artigas y Pereyra de Lucena, unos jovencitos que tuvieron la honra de dar la vida en la primera batalla ganada por los soldados de la Independencia.

—Por supuesto, que tú sabrás cuál fué esta batalla.

—¡Ya lo creo que lo sé! Fué la de Suipacha.

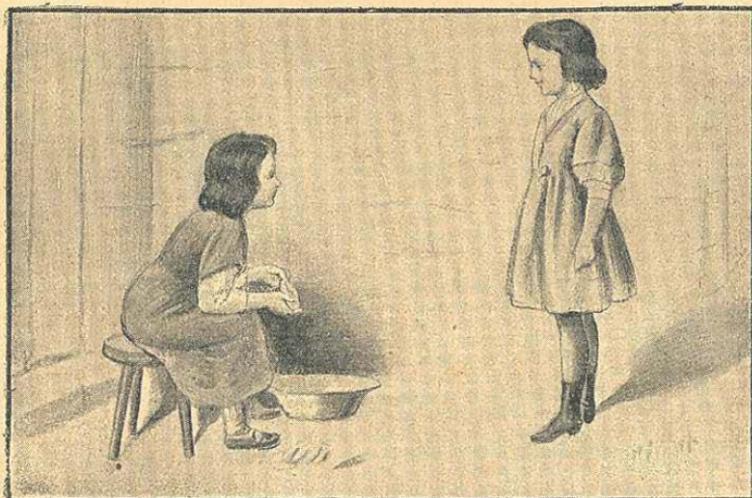
Pero, no creas, abuelita, que únicamente

tengo en la memoria el nombre de estos valientes: tengo muy presentes á Cabral, un sargento herido mortalmente en San Lorenzo, que, al caer, dijo: “¡Hemos triunfado, muero contento!”; y á Falucho, un pobre negro que prefirió morir á renegar de su patria.

La señorita nos dijo que aun cuando tuviéramos memoria suficiente, no podríamos recordar á todos los que dieron su vida por la patria, pues de muchos millares de ellos, ni se sabe siquiera cómo se llamaban ni dónde nacieron.

Pero, también nos dijo que debemos pensar en ellos siempre, y que, al tributar un homenaje á los grandes, debemos hacerlo extensivo á los ignorados; á los humildes y sencillos.





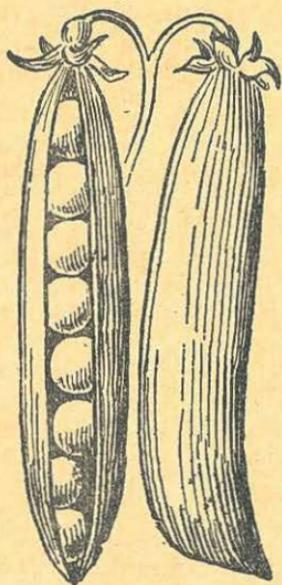
DESVAINANDO ARVEJAS

JUANITA, hija de una señora muy pobre, que no puede pagar sirvientes, está sentada en una silla baja, desvainando muy entretenida, las arvejas que saca de una cesta que tiene en el regazo.

Apenas empezada la tarea, llega Marujita, la mejor de sus amigas, y le dice:— ¿Quieres que te ayude?

—Bueno—contesta Juanita—si no te causa molestia...

—¡No!—replica Maruja—muy al contrario, me divierte mucho. Mira—dice á su compañera—mira que casitas tan lindas.



—¿Casitas? ¿Dónde están?

—Pues, en estas cáscaras.

—Tienes razón. ¿Y quién las habita?

—Pues, las arvejas.

—¡Ah, qué cosa!

—¿Ves? Aquí tienes á toda una familia; el papá, la mamá, los hijos y la tía...

—¡Qué, divertida eres!

—Y tendrás que reconocer que es imposible encontrar personajes más serios y orondos.

—Verdaderamente. Pero, mira, Maruja; aqui, en esta vaina, sólo hay dos granos que viven separados por una pared...

—Estos son dos hermanos que se han enfadado seriamente. Están enfurruñados y viven sin hablarse, cada uno en su pieza.

—¿Verdad que es cosa fea ver á dos hermanos vivir peleados? Pero, toma; aquí tienes una casa donde hay: uno, dos, tres, cinco, siete, once, ¡uf! lo menos son veinte. ¿Qué será esto?

—Vaya una pregunta; esto es un conventillo.

Las dos amiguitas se echan á reir, hasta que Juanita, dice á su ayudante:



—Mira Maruja, aquí tienes el caso contrario; una sola arveja dentro de una cáscara muy grande. ¿Dime, tú, que por lo visto, conoces á todo el mundo: ¿quién

será esta gran persona que ocupa ella sola una casa entera?

—¿No la conoces? Es misia Concepción, la zapatera de la esquina, que no cabe dentro de su tienda.

Nueva explosión de risa, y luego la voz de Juanita, que dice: ¿Sabes, Maruja? No hay más arvejas ¡Qué pronto concluyó nuestra tarea! ¿No?

Y Juanita tenía razón. Cuando hacemos las cosas, alegres y de buena gana, nunca nos parecen difíciles ni pesadas; al contrario, resultan siempre muy agradables y hacederas.



PARA PROSPERAR,
LO MEJOR; IR Á LA ESCUELA

A PESAR de haber sido siempre honrados y trabajadores, Matías y su mujer llegaron á viejos, pobres y sin fuerzas para trabajar.

—No sé qué podremos hacer, Matías—decía la esposa al marido,—para ganar un pedazo de pan.

Ya nadie quiere darnos trabajo; todos ocupan á la gente moza. ¡Tendremos que pedir limosna!

—Yo—contestó Matías—no sabría mendigar; primero me dejaría morir de hambre.

Pero, pensaba una cosa que quizá nos salve.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que mi padre solía decir, que

para vivir bien en el mundo y prosperar en grande, hay que saber, y que sólo sabe el que estudia. ¿Qué te parece, iré á la escuela?

La mujer de Matías soltó una carcajada, al oír á su marido.

—¿Estás loco? ¡Tú, un viejo, con la cabeza llena de canas, ir á la escuela!

—Y eso, ¿qué tiene? También decía mi padre que jamás es tarde para aprender.

—¡Calla, hombre, calla! No digas disparates; serías la burla y el hazmerreír de todo el pueblo.

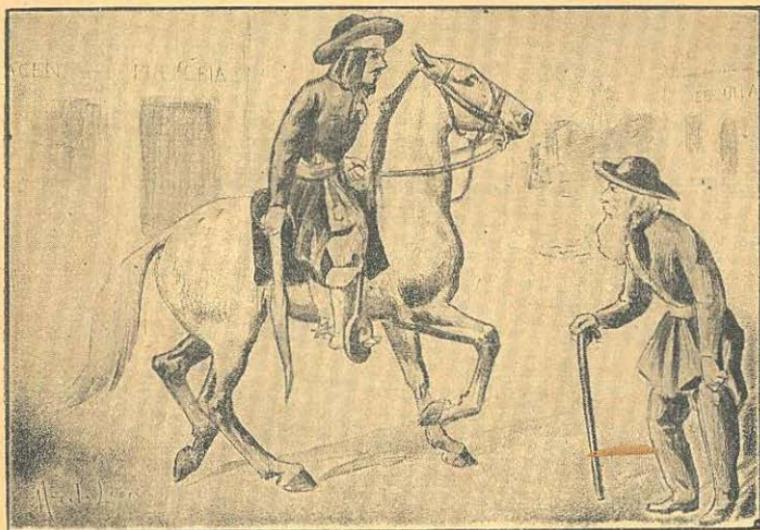
Tanto insistió Matías, que su mujer acabó por decir: ¡quién sabe! puede que tenga razón, y dejó de oponerse á los deseos de su marido.

Un día, yendo á la escuela, encontró Matías una bolsa llena de monedas de oro.

¡Caramba!—dijo—¡cuánto dinero! ¡Qué pena tendrá el que lo ha perdido! Si supiera quien es el dueño de esta bolsa, se la de-

volvería; pero, si lo pregunto, todos dirán que es suya. Mejor es callar y esperar á que alguien la reclame.

Terminada su lección, volvía el viejo á su casa, cuando vió venir a un hombre,



montado a caballo, que miraba anhelosamente el suelo.

Matías sospechó que aquel jinete pudiera ser el dueño de la bolsa extraviada, y le preguntó:

—¿Qué busca usted, señor?

—Una bolsa que he perdido. ¿La ha visto usted?

—Sí. Cuando yo iba á la escuela...

—¿Qué dice usted?

—Que cuando yo iba á la escuela...

—Si tiene usted gana de reir, cómprese una mona—exclamó el jinete indignado—y, dando un rebencazo al caballo, partió á muy buen paso, sin hacer caso de Matías, que le seguía, deseoso de devolverle la bolsa y de decirle cómo y dónde la había encontrado.

Viendo que el enojado caballero no le atendía ni escuchaba, Matías volvió á su casa, contando lo sucedido á su mujer.



Ésta, después de oírle y de meditar un rato, le dijo:

—Mira, tú has cumplido tu deber; querías devolver al tal ca-

ballero lo que era suyo, y él no te quiso escuchar: quédate, pues, con el dinero que es bien tuyo y que tanta falta nos hace.

Así lo hicieron; y más tarde, cuando libres de la miseria paseaban por los campos, decía el viejo á su mujer:

—¿No ves como mi padre tenía razón? Para vivir bien y prosperar, no hay cosa mejor que ir á la escuela.



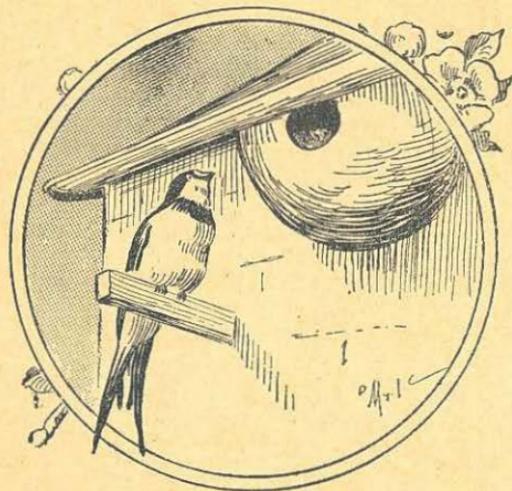
LAS CASAS DE LOS PÁJAROS

(ADAPTACIÓN Y REDUCCIÓN)



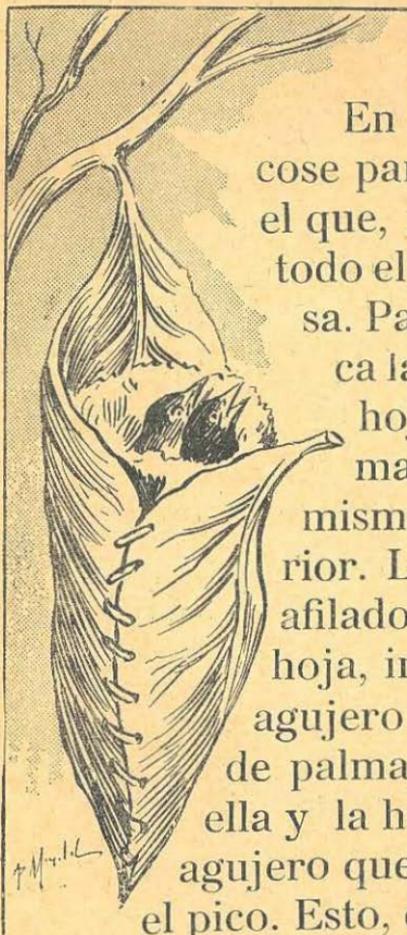
Los pájaros, como los hombres tienen diversos oficios: unos son albañiles, otros sastres; los hay carpinteros, cesteros, etc., y, sólo cuando construyen sus casas, ejercen el oficio de su predilección.

Así, cuando el carpintero hace su nido en un árbol seco, golpea fuertemente en él con su pico, recio y duro como un escoplo.



La golondrina, que es muy afectada a la albañilería, levanta su habitación con barro que recoge en los

caminos, y que, al endurecerse, adquiere



una gran consistencia y solidez.

En cambio, el solibio cose para hacer su refugio, el que, una vez listo, tiene todo el aspecto de una bolsa. Para hacerlo, se coloca la hembra sobre una hoja de palma, y el macho se agarra de la misma por la parte inferior. La hembra pasa su afilado pico á través de la hoja, introduciendo por el agujero que abre, una fibra de palma; el macho tira de ella y la hace pasar por otro agujero que, á su vez, abre con el pico. Esto, como se ve, es realmente coser.

El zunzún, coloca en la rama de un árbol grande su nidito, al que da la aparien-

cia de un nudo. Cuando está terminado, lo tapiza interiormente con la pelusilla que saca de las plantas.

El bienteveo, lo construye en forma de taza, colgándolo de la horqueta de un mimbre.

Los pájaros construyen sus nidos de idéntico modo que los hacen sus padres, sin introducir modificaciones en ellos ni preocuparse de porqué están hechos así y no de otro modo.

No todos los pájaros hacen nidos. Algunos depositan los huevos en el primero que encuentran, dejando á otros la tarea de empollarlos.





¡SALVE, ARGENTINA
BANDERA AZUL Y BLANCA!

UNA multitud de niños de caritas ter-
sas y rosadas, llena el amplio patio de
la escuela.

Todos están contentos y satisfechos, y
esperan impacientes que se verifique la
sencilla y tocante ceremonia que se pre-
para.

Los niños recién ingresados, los que se
inician en la vida escolar, van á jurar la
bandera; y los *viejos*, los que están próxi-

mos á dejar las aulas, van á ser testigos del juramento.

Suena la campana, se hace el silencio, y todos los escolares se alinean en correcta formación, como si fueran soldados veteranos.

Conducida y custodiada por los alumnos más aplicados, la bandera de la patria



avanza, solemne y majestuosa, hasta el centro del patio, y el director de la escuela, con palabras de padre y de patriota, la presenta á los niños, que la saludan militarmente.

Les habla del alma cándida que la in-

ventó y de lo que inspira á todos los corazones; les recuerda las proezas que ha visto realizar y los rasgos nobles y generosos de que ha sido testigo; y cuando ha terminado pregunta á los que á la escuela se incorporan, si prometen amar á la patria y á su sagrada enseña.

Con el corazón anhelante los pequeñuelos alzan la mano derecha, en testimonio de que prometen honrarla, enaltecerla y mostrarse dignos de tenerla por madre y protectora.

Un sonoro y entusiasta ¡Viva la patria! llena el espacio, y de aquellas gargantas de pajaritos cantores, se escapa el *Saludo á la Bandera*, y mientras los maestros acarician con la mirada aquel mar de cabecitas graciosas, los versos:

*¡Salve, argentina bandera azul y blanca!
Jirón del cielo, en donde reina el Sol...*

ascienden á las alturas, ligeros como el humo del incienso, puros y suaves como una oración.

LA BOLSITA COLORADA

SILVINITA es un pimpollito de cinco años, linda como una estrellita y delicada como una flor.



Es muy modosita y ordenada; cuida admirablemente sus juguetes y educa con sumo cuidado á sus muñecas, las que lejos de ser, como la mayoría de las personitas de pocos años, unos querubines aturcidos y bulliciosos, són unas señoritas muy circunspectas y graves que permanecen la mayor-parte del día jui-ciosamente sentadas, sin decir otra cosa

que, ¡Papá!, ¡Mamá!, y eso, con voz muy suave y mesurada.

Don Tomás, papá de Silvinita, es un señor ocupadísimo, que anda siempre apresurado, urgido y solicitado por los negocios y las atenciones sociales.

Sucedió una vez que al salir de su casa, olvidó llevar consigo las llaves de su escritorio.

Silvinita, que se apercibió del olvido, exclamó:

—Estas llaves son de papá. ¡Cómo va á disgustarse cuando note su falta; de seguro pensará que las ha perdido!

Horas después regresó don Tomás y, lo primero que hizo, fué averiguar si alguien había visto o encontrado sus llaves, recibiendo de todos contestación negativa.

Contrariado hacía revisar de nuevo los muebles de su despacho, para ver si se encontraban, cuando Silvinita le dijo:

—¿Qué buscas, papá? ¿Las llaves que se te han perdido?

—Si—respondió don Tomás, sorprendido—¿las tienes tú?

—¡Ya lo creo! Aquí las tienes. Y, además, esto que yo te regalo.

Y hablando así, alargó á su papá un rollito encarnado.

—Y, ¿qué es esto, nena?

—Una bolsita que yo cosí para que puedas guardar tus llaves, y no se te vuelvan á perder.

Don Tomás besó cariñosamente á su linda hijita, y la retuvo largamente entre sus brazos: como es natural, no usa la bolsita colorada, pero la guarda entre sus más queridos recuerdos.





¡BONDAD Y AGRADECIMIENTO!

CAYÓ una hormiga á un arroyo; y, sintiéndose arrastrada por la corriente, pidió lastimosamente socorro, con voz débil y ahogada.

—¡Pobre animal!—dijo compasivamente una linda paloma que, desde lo más espeso de la copa de un árbol próximo al arroyo, observaba á la hormiga.

—Yo bien quisiera salvarte, ¡pobre animalito!; pero, si me dejas ver, de seguro cae

sobre mí ese maldito milano que por aquí anda merodeando, y me da un susto serio.

Pero, como la buena voluntad es madre de las buenas ideas, la paloma encontró el medio de socorrer á la hormiga sin exponerse á dar en las garras del milano.

Arrancó, con el pico, una ramilla del árbol, y, con mucha prudencia, la arrojó al agua.

La hormiga, que estaba ya á punto de morir, hizo un esfuerzo, se encaramó en



la rama, que, muy suavemente, la arrastró hasta la orilla.

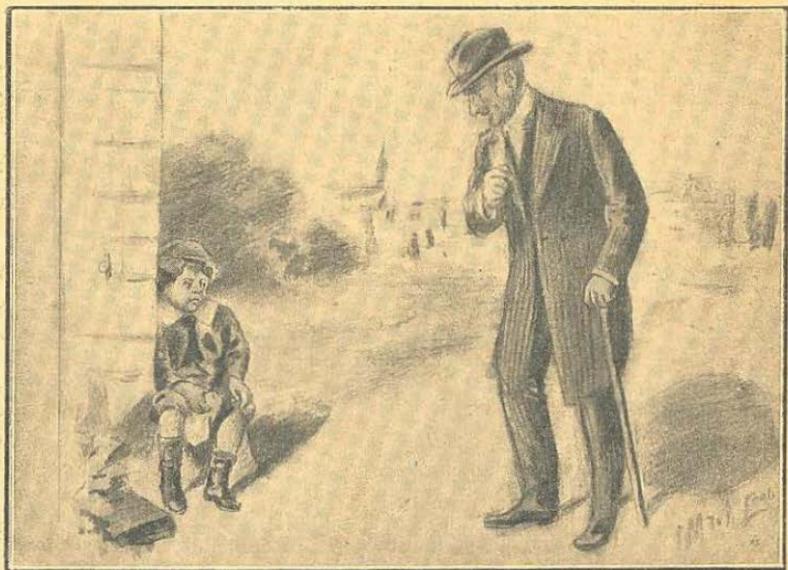
En estos momentos, un cazador vió al milano y lo mató de un tiro. Mientras remataba al ave de rapiña, descubrió á la paloma, y ya tenía echada la escopeta al hombro para derri-

barla como al milano, cuando un dolor agudo y punzante que sintió en la pierna, le hizo errar el tiro.

—¿Te creías, tú, señor matapájaros, que yo iba á dejar que matases á la buena palomita, que me salvó?—dijo la hormiga—ya se ve que no me conoces: yo no pago un bien con una ingratitud.

Este hecho demuestra que sembrando bondades se cosechan agradecimientos.





LA LECCIÓN DEL CARACOL,

SENTADO al pie de una tapia, un niño lloraba en silencio.

—¿Qué tienes, niño?—le preguntó un anciano, que, casualmente pasó por allí.

—Tengo, señor, que, por más que me esfuerzo para conseguirlo, no puedo apren-

der la lección de historia que tengo para mañana.

—¿Por qué no puedes aprenderla?

—Porque yo no sirvo para estudiar. En la escuela todos los niños se burlan de mí, y me llaman Pepito Tardón, y hasta el señor maestro me mira con lástima.

—No creas ni hagas caso de tales tonterías. Ser lento no quiere decir ser imbécil. Mira este caracol que trepa por la pared, va despacio, muy despacio, pero avanza siempre, y al fin, llegará donde desea.

Haz tú lo que él: estudia despacio, línea por línea, y conseguirás tu deseo.

Otros harán en una hora lo que tú harás en seis, pero cuando ellos y tú sepáis lo mismo ¿lo sabrán ellos mejor por haberlo aprendido más ligero?

Y, dicho esto, el anciano se despidió de Pepito con palabras llenas de afecto, y prosiguió su camino.

Al día siguiente, el maestro, después de haber interrogado á varios de los niños

reputados como inteligentes y vivos, dijo, dirigiéndose á Pepito:

—Vamos á ver si tú sabes contestarme tan bien como lo han hecho tus compañeros.

Pepito, que había estudiado con empeño y método, respondió á las preguntas del profesor claramente y sin vacilar.

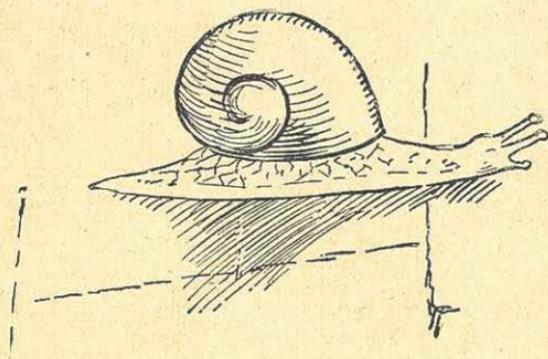
—¡Perfectamente!—dijo el maestro, muy sorprendido.—Pero, dime, ¿cómo has he-

cho esta vez para preparar tan bien tu clase?

—Señor—contestó el niño—aprendí de un caracol.

Estas palabras excitaron la risa de los presentes, risa que ahogó pronto una mirada del maestro.

—Explicate, Pepito.



Éste contó lo que le había pasado; los consejos que le diera el anciano y la confianza que le inspiró ver como el caracol, á fuerza de tiempo, llegó á lo alto de la pared, transponiéndola luego.

—Sabio es el que sabe ver y observar. Tened presente esto, niños, y no olvidéis que todo en la vida nos enseña algo, y que, hasta un simple caracol, puede dar útiles lecciones.





LA PATRIA

OH, Patria querida
 Mi grato embeleso!
 ¿Qué exiges de mí?
 ¿Mi sangre, mi vida?
 Gustoso todo esto
 Darélo por ti.

En ti vinculado
 Se encuentra ferviente
 Mi afecto sin par;

Y nunca apartado,
Por más que me ausente,
De ti podré estar.

Tu imagen hermosa
Conserva constante
Mi fiel corazón;
Y va cariñosa
Conmigo delante
Por toda región.

Tu pena es mi pena,
Tu encanto es mi encanto,
Tu bien es mi bien;
Que en mi alma resuena,
Al par que tu llanto
Tu risa también.

Me siento ofendido
Si alguno te ofende
Manchando tu honor:

Me siento engreído
Si alguno pretende
Decir tu loor.

La muerte apartarme
Podrá despiadada,
¡Oh, Patria, de ti!
Mas nadie arrancarme
Podrá, idolatrada,
Tu imagen de mí!

E. FUENTES Y BETANCOURT.





LA NIÑA ENFERMA

Leonorcita ha estado enferma: perdió el buen humor y los colores, y sus padres pasaron muy crueles días.

Su abuelita, su dulce y buena abuelita, contaba ansiosa las horas, temiendo que la última contada, fuera la que viera morir á su nieta; al pequeño ser, encanto y alegría del hogar.

—¿Qué tienes?, ¿qué deseas?—preguntaban todos á la enfermita, que, invariable-

mente respondía: ¡Nada!, ¡no quiero nada!

Al sentir acariciada su gentil cabeza, la boca de la niña se contraía como si quisiera sonreír, pero la risa moría antes de llegar á sus labios.

Entonces cerraba los ojitos con expresión dolorosa y de cansancio.

Pero, ya cesó la pena y huyó el peligro: el médico ha dado permiso para que la convaleciente deje la cama por unas horas.



Bien abrigadita y sentada en un sillón, Leonorcita mira al exterior á través de los vidrios: contempla curiosa y contenta los árboles y los pájaros jugueteros que van de uno á otro; los paseantes, los coches, el movimiento, la vida de la calle.

Levanta después la mirada al cielo inten-

samente azul, que un sol espléndido llena de luz y de alegría, y satisfecha de vivir, exclama:

—¡Ay, abuelita! ¡Qué bien me siento!

—Gracias sean dadas á Dios que te libró de la muerte.

—Y, ¿sabes? Tengo un grandísimo deseo de...

—¿De qué, querida?

—De volver á oír uno de tus cuentos. ¿Quieres contarme uno?

—¡Uno! Y dos también; si no fuera para contártelos, ¿de qué me serviría haberlos aprendido?

—Pues, ya que eres tan buena, anda, empieza.



LOS DONES DEL VIAJERO

I

EL MANTEL PRODIGIOSO

ERA José un pobre campesino, á quien la mala suerte no impedía ser bueno y compasivo en extremo.



Un día, mientras su mujer y sus hijos estaban ausentes, llegó á su choza un forastero desfallecido de hambre, pidiendo socorro y amparo.

El campesino tendió un mantel sobre la

mesa, y puso en ella un plato, medio lleno de mazamorra, y dijo:—Tome lo que de buena voluntad ofrezco; es cuanto poseo.

--¿Eres solo?—preguntó el viajero.

—No. Tengo mujer y cuatro hijos.



—Y si yo como tus provisiones, ¿qué les darás á ellos?

--Dios manda socorrer al hambriento; yo cumplo su ley. Él que ve mi necesidad le pondrá remedio, si conviene.

—Jamás habrá escasez en tu casa: cuando quieras comer, dirás al mantel: ¡tiéndete!

El mantel obedecerá, y verás la mesa llena de abundantes y ricos platos; cuando

todos estéis satisfechos, mándale: ¡Mantel, dóblate! y después guárdalo. Adiós.

Apenas se vió solo, quiso probar el buen campesino, si lo que le dijera el desconocido era cierto, y ordenó al mantel que se tendiera.

Lleno de sorpresa, costábale creer lo que veía: 'colmaban la mesa tantos y tan ricos manjares que, con sólo mirarlos, el hombre más desganado hubiera recobrado el apetito.

¡Esto es un milagro! pensó. Debo dar inmediatamente gracias á Dios; pero, ¿cómo voy á la iglesia con el mantel debajo del brazo? Las gentes me tendrían por loco; dejarlo aquí es exponerme á que me lo roben; le pediré á don Miguel, mi vecino, que me lo guarde.

—Vecino,—dijo—hágame el favor de guardarme este mantel, pero, por favor, no le diga: ¡Tiéndete!

--Vaya tranquilo, amigo—contestó el vecino—tal como lo deja, así lo encontrará.

Pero, no bien José hubo salido, cuando repitió las palabras que había prometido no pronunciar. Maravillado al ver su efecto, formó el propósito de quedarse con la prenda, dando, en cambio, una suya al confiado José.

Cuando éste volvió á su casa, encontró reunidos en ella á su mujer y á sus hijos; contóles lo que le había pasado y, lleno de alegría, exclamó: Fuera penas; desde hoy somos ricos; vamos á comer que á todos hace falta.

Tomó el mantel, y aunque repitió una y otra vez la orden, el mantel permaneció doblado.

—¡Mal corazón!—dijo airada la esposa.—
¿Cómo te atreves á engañar á tu mujer y á tus hijos, burlándote de su miseria? ¿No piensas que Dios te puede castigar?

El pobre José, oía y callaba; su desconsuelo era tan grande, que no le daba lugar á pensar ni á contestar.

II

EL GARROTE VENGADOR

Estaba pensando el buen José cómo saldría de la situación cada vez más apurada en que se hallaba, cuando oyó una voz que le decía:

—Santos y buenos días, amigo.

Levantó la cabeza, y reconoció al viajero que ya una vez buscó refugio y auxilio en su casa. Saludóle con afabilidad y le invitó á sentarse y á descansar, cosa que el recién venido hizo de muy buena gana, pues, verdaderamente, estaba aplanado por la fatiga.

—Pasaba cerca de aquí, y advirtiéndolo, me dije: Vamos á visitar á ese buen amigo y suplicarle quiera darme de almorzar, cosa que no le ha de costar mucho...

—¡Ay, señor! Mi miseria es cada día más grande.

Y contó al recién llegado el chasco que le había sucedido; el visitante, que escucha-

ba atento, le contestó, después de oírle:

—Tú pecastes de imprudente, pues no debiste dar á comprender á tu vecino lo que tú sólo debías saber; él, en cambio, obró como un mal hombre, robándote tu bien.



Mira; para que nadie vuelva á engañarte impunemente, toma este bastón, y si alguien te molesta ó burla, dile: *Bastón, haz tu deber*; y ya verás lo que sucede.

Despidióse el viajero, y José, que comprendió lo que aquél había querido decirle al entregarle el bastón, fué á la casa de su vecino y le dijo:

—Tengo que salir y no queda nadie en casa. ¿Quiere, usted, vecino, guardarme este bastón?

—¡Cómo no!

—Pero, ¡por Dios! no vaya usted á decirle: *Bastón haz tu deber*.

—Pierda usted cuidado, y vaya tranquilo: nada diré.

Salió José, y aun no había llegado á su casa, cuando oyó grandes lamentos: asomóse, y vió llegar, más que corriendo, á su infiel vecino, sobre cuyas espaldas descargaba el bastón una lluvia de garrotazos.

—¡Por caridad, vecino!, tome su mantel, pero haga que se esté quieto el bastón.

A un gesto de José cesaron los bastonazos, y, mientras el ladrón se retiraba confuso y molido, José y su familia se sentaron al rededor de la mesa, regalándose con las succulentas viandas con que el prodigioso mantel les obsequió.



LOS ESPÁRRAGOS

¿QUÉ te pareció el cuento? ¿Te ha gustado?

—Muchísimo, abuelita: pero, puede que el otro me guste más.

—¡Cómo, el otro!

—Pues, el que te queda por contar. ¿No me ofreciste dos?

—Es muy cierto. Ya no me acordaba. Vamos al caso, que, como dice el refrán, lo prometido es deuda.

Pues, señor, este era un matrimonio que pasaba las de Caín, y que daba, además, mucho que hacer á sus vecinos, y todo por el vicio de hablar mucho y hacer poco.

El marido, dijo una tarde á su mujer: ¿Sabes, qué pienso? Pues, que es una gran tontera tener ese pedazo de terreno inactivo y sin producir; plantaré en él espá-

rragos, que me darán buena renta; porque, á peso y medio el mazo...

—¡Cómo á peso y medio! Á dos ó á tres.

—No, mujer, no, son caros y nadie los comprará.

—Ya verás, si los compran. Tú eras un zonzo y nunca saldrás de pobre.



—Y tú, una ambiciosa que reventarás de codicia.

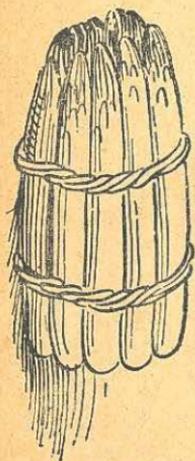
Y así, se enzarzaron tanto que la disputa degeneró en pendencia, la que motivó la intervención de varios vecinos.

—Pero, en fin, ¿por qué regañan ustedes?—dijo un anciano muy juicioso,

respetado de todos los habitantes del lugar.

—¿Por qué? Porque esta mujer no sabe lo que se dice; figúrese, usted, que quiere pedir tres pesos por un mazo de espárragos.

—Los pido porque los valen; ¡unos espárragos blancos, tiernos, jugosos y gruesos, como jamás se vieron en ningún mercado!...



—Bueno, no haya cuestión. Veamos los espárragos y, con ellos á la vista, veremos cuál de ustedes dos tiene razón.

Esta pregunta, justa y razonable, tuvo la virtud de apaciguar á los enojados esposos.

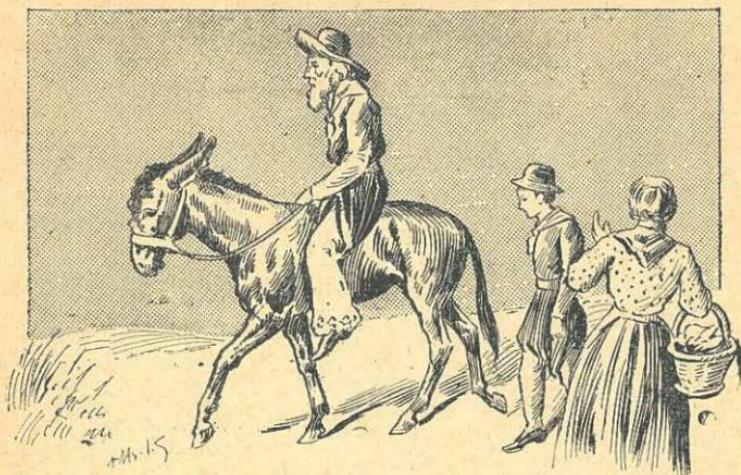
—Eso sería lo mejor—dijo la mujer—pero, es imposible; porque es el caso que...

—Que los espárragos aun no están plantados—acabó el marido.

Una carcajada general siguió á esta salida de pie de banco, y el anciano, que había intervenido en la cuestión, dijo:

—Entonces, buenos amigos, plántenlos ustedes; déjenlos crecer, y entretanto estén en calma. ¡Tiempo tendrán ustedes de discutir el precio, cuando llegue el momento de enviarlos al mercado!





LAS OPINIONES

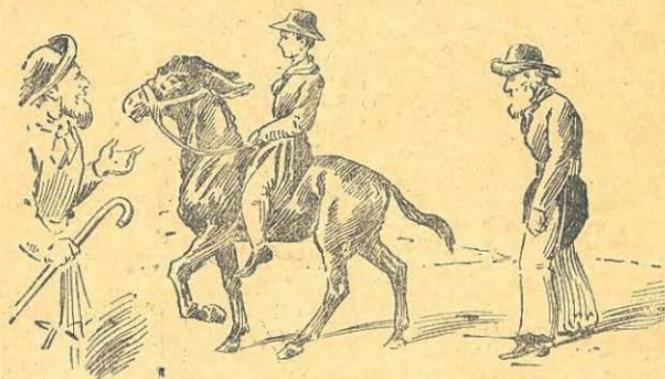
POR una cuesta arriba, en un borrico,
 iba un buen hombre y á su lado un chico,
 y una mujer que estaba allí escardando,
 al ver al chico andando

dijo en tono burlón:—¡Vaya un cariño!
 ¡El hombre en burro y á patita el niño!

Corrido el hombre, se apeó al momento
 y al chico colocó sobre el jumento.

Cuando así caminaban por la cuesta,
venía un viejo en dirección opuesta.

—Vaya un respeto á los mayores!—dijo.—



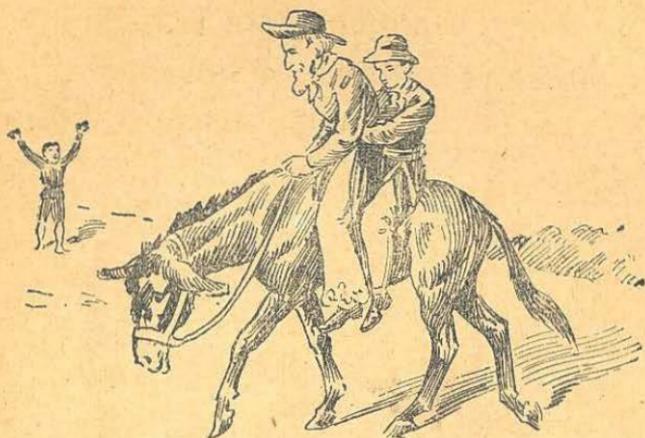
¡El padre andando y á caballo el hijo!

Montó el hombre también, pues de ese modo
pensaba el pobre conciliarlo todo;
pero hallaron á un mozo en el camino,
que dijo:—¡Bien cuidado va el pollino!
si el amo no lo ve ú os lo consiente,
¿qué os importa á vosotros que reviente?

Bajáronse del burro que montaban,
y del ramal sujeto lo llevaban,
cuando al verlos, gritaron unos chicos:

—¿Para qué tenéis burro, so borricos?

—Hijo—el hombre exclamó—de todos modos



hemos querido complacer á todos,
pero no hay forma humana:
vayamos, pues, como nos dé la gana.

*Oye el consejo y sigue la advertencia
del hombre de saber ó de experiencia;
pero en todo el transcurso de tus días
desoye siempre las majaderías.*



¡BENDITA SEAS!

LA bandera argentina, la mía, es hija del cielo.

Es blanca y azul como el firmamento, como el manto y la túnica de la Madre de Dios.

Por eso nos inspira ideas levantadas, llenas de dignidad, y sentimientos nobles y generosos.

Nunca la bandera de mi patria despertará en nadie recuerdos tristes ó ingratos.

¡Es la bandera de la luz, de la virtud y de la esperanza!

Dondequiera que vaya cobijará al débil y será amparo de la justicia y de la libertad.



¡Dios de mis padres! Tú, que al darme vida me ennobleciste, haciéndome nacer argentino y dándome por antepasados una legión de héroes y de grandes corazones, no apartes de mí la mirada.

Hazme bueno, sencillo, generoso y sincero; haz que mi corazón sea una fuente de entusiasmo, que haga nacer en mí el amor á la libertad, á la justicia y á la verdad; hazme digno de mi raza y de mi patria.

Y tú, enseña de los argentinos, tú que me proteges en la escuela y en el hogar, recibe en ofrenda mi alma de niño. Santa, generosa y noble bandera de mi patria: ¡Bendita seas para siempre!



ROMPELIMPÓN

REDUCCIÓN DE UN CUENTO DE GRIMM

HABÍA, en un país casi ignorado, un molinero tan ufano de las bellas cualidades de su hija, que, ponderándolas, dijo un día, en presencia del rey, que aquélla, cuando hilaba, convertía en oro el cáñamo.

El rey, al oírle, dijo:—Tráeme tu hija, quiero conocerla.

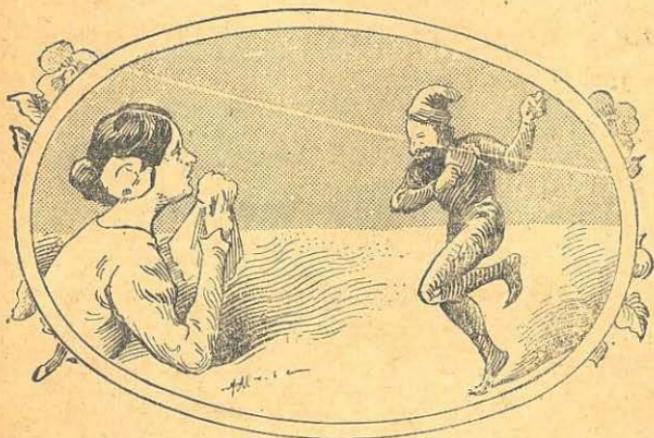
El molinero obedeció, y al día siguiente fué acompañado de su hija al real palacio.



El rey, al verles, tomó de la mano á la muchacha y la llevó á una sala donde había mucho cáñamo y una rueca.

—Si mañana, á esta hora, no has hilado y convertido en oro este cáñamo, mandaré que te corten la cabeza; y, sin decir más, salió de la sala cerrando la puerta tras de sí.

La hija del molinero, que jamás había hecho el milagro que se le pedía, dábase ya por muerta.



Lloraba amargamente su triste suerte, cuando oyó una voz extraña, que le decía,

—Si me das lo que voy á pedirte, te salvaré de la muerte.

La molinera levantó la cabeza y vió ante sí á un hombrecillo de facha estrafalaria

que daba vueltas á la sala bailando sobre un pie.

—¿Y qué es lo que tú pides para librarme de morir?

—Que cuando te cases, me des el primero de tus hijos.

La muchacha, penso: Esto no es un mal negocio; puede ser que yo no me case nunca, ó bien que al casarme haya ya muerto este enano, y sin pensarlo más, aceptó el pacto.

El hombrecillo se puso á hilar, y, en un momento, terminó la tarea.

—Ya estás servida—dijo—no olvides tu promesa. Y desapareció.

El día siguiente, el rey no podía dominar su sorpresa al contemplar el brillante montón de hebras de oro.

—¡Caramba!—dijo para sí el avariento, esta muchacha es un tesoro. Si la tomo por esposa seré el hombre más rico y poderoso de la tierra, ante cuyo poder temblarán todos los mortales.

Y sin más consideraciones se casó con la hija del molinero.

El tiempo pasó y nació el primer hijo de los reyes, y el hombrecito se presentó á la reina exigiendo el cumplimiento del pacto.

La pobre madre lloró y suplicó, pero en vano; lo único que consiguió fué que el enano consintiera en dejarle su hijo si adivinaba su nombre.

¿Te llamas Juan?—preguntaba la reina.

—No.

—¿Antonio? ¿Santiago?

—No.

—¿Pedro?

—Tampoco.

Cuando ya no supo más nombres que decir, se arrojó á los pies del hombrecillo, esperando conmooverlo con sus lágrimas.

—Quiero ser condescendiente—repuso aquél.—Te doy tres días para que averigües mi nombre. Si entonces no lo sabes, me llevaré el niño para siempre.

La reina, no perdió el tiempo: mandó mensajeros á todas partes, con encargo de hacer una lista de todos los nombres raros de varón que oyeran pronunciar.

¡Inútil empeño! Los enviados volvían sin traer nada de provecho. Todos los hombres de las comarcas que habían visitado, tenían nombres comunes y vulgares.

Al anochecer del tercer día, y cuando la reina ya no tenía esperanza, regresó el último mensajero, dando muestras de gran alegría.

—¡Señora—dijo—traigo un nombre extraño. Ayer, por la noche, me extravié al atravesar una selva. Ya desconfiaba de poder salir de ella, cuando, de repente, divisé una luz: acerquémeme, y ví á un hombrecito que, dando vueltas alrededor de una hoguera, danzaba sobre un pie, cantando muy contento: *Mío será el hijo del rey, porque nadie sabe que me llamo Rompelimpón.*

La reina, llena de alegría, recompensó al portador de tan buena noticia, y, muy

tranquilamente, esperó al hombre chiqui to
 Èste se presentó puntual.—¿Sabes cómo
 me llamo?

—Sí, Rompelimpón es tu nombre.



—¡El diablo
 ie lo ha dicho!
 —exclamó fu-
 rioso—y fué tal
 la patada que
 dió contra el
 suelo, que la
 tierra se abrió,
 tragando al ira-
 cundo enanillo.

Los reyes, li-
 bres de él fue-
 ron muy felices;
 y su hijo, cuando le tocó reinar se hizo
 amar de todo el mundo por sus virtudes
 y su buen corazón.





EL BESO MATERNAL

FELICES los que han sentido
su tierno rostro oprimido
por el labio maternal!

Dichosos los que han oído,
y al canto se han adormido
de aquella voz celestial!

Tú no puedes comprender

la dicha de poseer
lo que tienes, niño, ahora;
lo que vale esa mujer
que ríe con tu placer
y que si tú lloras, llora;
que vela siempre á tu lado
con solícito cuidado,
y tu querer adivina,
su amor desinteresado
tan dulce, tan sosegado
como el aura matutina.

Niño, cuando la razón
alumbra tu corazón,
y veas cómo es debido,
recuerda con qué ilusión
con qué delirio y pasión
esta mujer te ha querido.

Besa el polvo que pisó
y la cuna que meció
con un afán tan prolijo;
respeta lo que tocó
lo que te dijo y mandó;
¡mucho debe hacer un hijo!

Alza su lánguido brazo,
forma con el tuyo un lazo,
y no le sueltes jamás.

Dirige su tardo paso,
no andes en amarla escaso,
nunca cual ella amarás.

JOSEFA MASSANÉS DE GONZÁLEZ.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ÍNDICE

	Páginas
Mi abuelita.....	5
¡Cuánto me quiere abuelita!.....	7
Las lágrimas de las madres.....	10
Un perro juicioso y cortés.....	14
Abuelita, mamá y yo.....	18
Diálogo de pájaros.....	22
Las confidencias de un trompo.....	25
Enseñanza práctica.....	28
¡No matéis á los pájaros! ¡No destruyáis sus nidos!.....	29
Piedad india.....	32
El gatito de Victoria.....	35
Un morrongo campanero.....	38
Un buen consejo.....	41
Historia del perro Barry.....	44
¡Mientras cae la lluvia!.....	47
El arco iris.....	51
Entre amigos (Imitación).....	53
La canción del aire.....	55
¡Pobre animal!.....	58
La oración del caballo.....	61
El viejecito que hacía florecer los árboles.....	64
Mi maestra.....	68
Caperucita roja.....	73
Pitú.....	79
Cobra fama y échate á dormir.....	83
Las orejas del borrico.....	86

	<u>Páginas</u>
No gritéis nunca.....	87
Dos golosos.....	90
¡Yo, no tengo miedo á nadie!.....	94
Junto á las puertas del cielo.....	97
¡Cuando se pone el sol!.....	101
Consejos de un ratón.....	104
Buenos amigos de los pájaros.....	108
El gallo.....	112
Los muertos por la patria.....	115
Desvainando arvejas.....	117
Para prosperar, lo mejor, ir á la escuela.....	121
Las casas de los pájaros (Adaptación y reducción).....	126
¡Salve, argentina bandera azul y blanca!.....	129
La bolsita colorada.....	132
¡Bondad y agradecimiento!.....	135
La lección del caracol.....	138
La Patria.....	142
La niña enferma.....	145
Los dones del viajero — I. El mantel prodigioso.....	148
I. El garrote vengador.....	152
Los espárragos.....	155
Las opiniones.....	159
¡Bendita seas!.....	162
Rompelimpón (Reducción de un cuento de Grimm).....	164
El beso maternal.....	170



ALGUNAS PUBLICACIONES DE LA CASA

- LA BASE, por J. A. Natale.
- PRIMAVERA, » » » »
- PADRE MÍO, » » » »
- LINTERNA MÁGICA, por R. Ryan
- BAJO NUESTRO SOL, » » »
- VIAJE POR EUROPA, » » »
- ALBORADA, por J. J. Berrutti.
- ESTUDIO, por J. J. Berrutti.
- LECTURAS MORALES E INSTRUCTIVAS, por J. J. Berrutti.
- LECTURAS ARGENTINAS, por T. E. de Estrada.
- COSAS DE NIÑOS, por J. M. Aubin.
- CUENTOS DE LA ABUELITA, por J. M. Aubin.
- SENTIMIENTO, por J. M. Aubin.
- DESTINO, por J. M. Aubin.
- VIDA DIÁFANA, por J. M. Aubin.
- PRIMERAS HOJAS, por M. C. Amico.
- EL BUEN LECTOR, I, II, y III, por J. S. de Curto
- MEMORÁNDUM, por E. Colombo Leoni.

LL
1925
AUB